TODO SE QUEDA EN CASA.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, Y EN VERSO, ORIGINAL,

DE

Juan Martinez Villergas.

MADRID:

IMPRENTA DE J. Gonzalez Y A. Vicente, C.e DE LA FLOR BAJA, N. 24.

1847.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/todosequedaencas00mart

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada: puerta en el fondo y á los costados: recado de escribir etc., etc.

ESCENA I.

DON LORENZO *y* DON NICOLÁS *entrando por el fondo.*

LORENZO. No hay duda, don Nicolás.
NICOLÁS. Mucho va Madrid ganando;
pero lo que á mí me pasma
son los pozos artesianos.
¿Quiere usted tomar asiento?
LORENZO. Aunque vengo algo cansado,
no me siento.
NICOLÁS. No porfío.
LORENZO. Me voy aqui enfrente un rato.....
NICOLÁS. ¡Hola, amigo, lo comprendo!
Eso está muy bien pensado.
¿Va usté á ver á la vecina?
Y diga usted, ¿qué tal vamos?
LORENZO. De misterios ni una jota,
nada saber he logrado.
Sé que se llama Jesusa,
que tiene muy buenos cuartos,
que vive con una dueña
que gasta mucho recato,
y no sé mas.
NICOLÁS. Es chocante
que entre todos no sepamos
quién es el que la mantiene,
si tiene padres ó hermanos.....
LORENZO. Nadie lo sabe: ella vive
muy recogida en su cuarto;

recibe algunas visitas,
muy fina, con mucho agrado.
Sé que algunos libertinos
varias veces intentaron
abusar de la horfandad,
aparente, de su estado,
y sé tambien las lecciones
de moral que ellos llevaron:
yo he sido el mas venturoso;
quedé por dueño del campo,
y eso que mis relaciones
se deben á un desenfado.
Antes me gustaba poco,
ahora ya me va gustando,
y quizá la diga un dia
sin mentir que la idolatro.

NICOLÁS. Ella es guapa.

LORENZO. Sí, muy guapa;
y si es preciso ser franco,
me quiere mas que merezco.

NICOLÁS. ¡Bueno!

LORENZO. Lo tengo observado;
la muger menos amada
quiere con mas entusiasmo.
No diré que la detesto,
me casaré al fin y al cabo,
que no me agrada el ser pobre
pudiendo ser millonario.

NICOLÁS. ¿Con que fue casualidad
el que usted la hablara?

LORENZO. Es claro:
fue porque el padre de Luisa.....

NICOLÁS. Sí, sí, don Clemente Brabo;
un juez de primera instancia.

LORENZO. Justamente, un mentecato.
De una hija de ese mismo
estaba yo enamorado,
y por un resentimiento
personal, el muy zanguango,
me privó de hablar con ella.
Todo porque en un retazo
de mi periódico un dia
dije de ese pobre diablo:

que mientras una defensa
pronunciaba el abogado,
se quedó el fiscal dormido
y el juez estaba roncando.

NICOLÁS. Ya se vé..... los periodistas
pegan unos lancetazos.....

LORENZO. Pero ya está arrepentido,
que bien me las ha pagado.

NICOLÁS. ¿Se vengó usted?

LORENZO. Desde entonces
le he pegado tantos chascos,
que el pobre pasa la vida
en continuo sobresalto.
Ya se vé, me viene bien
el que viva en cuarto bajo,
el cual tiene una ventana
donde llego con la mano.
Siempre que abierta la veo,
lo suelo echar un petardo:
á veces paso á deshora,
y finjo la voz, y llamo;
él se levanta por fin,
viene á asomarse, le alcanzo,
y una vez le quité el gorro,
y otra vez le dí un sopapo.

NICOLÁS. Pero se espone usted mucho,
como es juez.....

LORENZO. No haya cuidado,
que sé tomar mis medidas
cuando tales cosas hago.
Otra vez, don Nicolás,
hágase usted bien el cargo;
cogí un gatito que tiene
con mucho mimo y regalo,
le corté las dos orejas,
le até un cascabel al rabo
con el siguiente letrero
en un papel bien doblado:
«Aun tiene usted que mascar,
señor juez, muchos garbanzos
antes que usted sepa quien.....
puso el cascabel al gato.»

NCOLÁS. ¡Qué demonio de ocurrencia!

me deja usté estupefacto.

LORENZO. Pero lo que vale mas
es lo que tengo pensado
para mañana.

NICOLÁS. ¿Mañana?

LORENZO. Es un dia estraordinario;
mañana se casa Luisa,
á quien yo he querido tanto.

NICOLÁS. Mire usted mejor lo que hace.

LORENZO. ¡Oh! no hay miedo.

NICOLÁS. Sin embargo.....

LORENZO. Con que, abur don Nicolás.

NICOLÁS. ¿Va usted?....

LORENZO. Sin duda, al reclamo.

NICOLÁS. Yo tambien tengo que hacer,
y me voy á mi despacho.

LORENZO. Ea, hasta luego. *(Vase por el fondo.)*

NICOLÁS. Hasta luego.
¡Ay qué muchacho tan malo!
Ello al fin es liberal,
y aunque es de los moderados,
moderado ó progresista
da lo mismo. ¡Ah bribonazos!
No os espera mala zurra
en cuanto venga don Cárlos.

TERESA. (Espérele usted de pié
que se cansará sentado.) (*Entrando.*)

ESCENA II.

DON NICOLÁS *y* TERESA.

NICOLÁS. ¡Cómo que!

TERESA. Vamos andando.

NICOLÁS. ¡Qué insolencia! Usted ignora,
ó no recuerda, señora,
con quién está usted hablando.

TERESA. Dejemos esa cuestion;
me han dicho.....

NICOLÁS. ¡Vaya un afan!

TERESA. Que usté incita á Sebastian
á marcharse á la faccion.

NICOLÁS. ¡Con qué descaro se atreve!....
(Sin hacer caso de lo que va diciendo Teresa.)
Esto ya pasa de raya.....
TERESA. Y no quiero que se vaya
sin que pague lo que debe.
NICOLÁS. No estraño que no congenie,
que si á echar la cuenta voy,
un vástago ilustre soy
de la mas limpia progenie.....
TERESA. Y no se ha de ir Sebastian;
lo menos es el dinero:
¡vale mas lo que le quiero!
NICOLÁS. ¡Estoy hecho un alquitran!
Yo he heredado mis blasones,
que nunca fueron manchados,
de los Mendozas.
TERESA. ¿Hurtados?
NICOLÁS. Y los Guevaras.
TERESA. ¡Ladrones!
NICOLÁS. Lárguese usted.
TERESA. Solo espero
que hablemos sobre el asunto.
NICOLÁS. Que se vaya usted al punto.
TERESA. Le digo á usted que no quiero.
NICOLÁS. ¿Con que no?
TERESA. Digo que no.
NICOLÁS. ¿Quién tal desvergüenza aguanta?
Váyase usted, muger santa,
que si no.....
TERESA. ¿Qué?
NICOLÁS. Me iré yo.
(Entra por la izquierda y cierra la puerta.)

ESCENA III.

SEBASTIAN *y* TERESA.

TERESA. ¡Oh qué hombre tan pertinaz!
Mas..... ¡Cepeda!
(Viéndole entrar por el fondo.)
SEBASTIAN. ¡Lucifer!
me persigue esta muger;

no acabaremos en paz.

TERESA. Don Sebastian.

SEBASTIAN. Señora, no he podido
cumplir lo prometido;
la desgracia me acosa.

TERESA. ¿Y yo qué le he de hacer? Mucho me pesa.

SEBASTIAN. Eso quiere decir, doña Teresa,
que yo á pagar me niego, y no hay tal cosa.

TERESA. Yo no digo eso; pero.....

SEBASTIAN. Ya lo sé: yo he jugado ese dinero,
que no era mio, lo comprendo todo.
Usted, no diré yo que con mal modo,
me da á entender, señora,
que no está muy sobrada de peculio.
Veloz cumplir ofrezco como el rayo
en todo el mes de abril..... y si no en mayo.....
ó en junio..... en fin, todo lo mas en julio.

TERESA. ¡Yo!

SEBASTIAN. Lo conozco, y pues usted no intenta
que yo de lo preciso me desmembre,
tambien á mí, para saldar la cuenta,
me da lo mismo agosto que diciembre.

TERESA. A mí no.

SEBASTIAN. ¡Cómo!

TERESA. ¡No!

SEBASTIAN. ¡Con qué rigores
me trata!

TERESA. Yo no quiero que se trague.....

SEBASTIAN. Está bien. (¿Pues no quiere que la pague?)
(¡Oh qué exigentes son los acreedores!)
Bien está: yo la debo.....
No lo recuerdo bien.

TERESA. Mil duros.

SEBASTIAN. ¿Cuánto?

TERESA. ¡Mil duros!

SEBASTIAN. ¿Cuánto?

TERESA. ¡Mil, mil duros!

SEBASTIAN. Poca
cosa son mil duros.

TERESA. Sí, bicoca;
lo que yo sé que si tuviera hoy dia
todo lo que me deben, bien podria
en coche caminar; ahora me pesa.

SEBASTIAN. Lo mismo digo yo, doña Teresa.
¡Ay! No diré que en coche
divertirme podria dia y noche,
sino tambien palacios
repletos de esmeraldas y topacios
tener pudiera, y perlas y oropeles,
y barcas y bajeles
para cubrir el mar que alumbra Febo
si yo tuviera todo..... ¡lo que debo!
TERESA. ¿Qué dice usted?
SEBASTIAN. Mas no por eso trato
de no pagar.
TERESA. ¿De veras?
SEBASTIAN. Insensato
fuera si me negase.
TERESA. ¡Amigo mio,
gracias!
SEBASTIAN. No hay de qué.
TERESA. ¡Gracias!
SEBASTIAN. Un impío
no soy: ¡yo pagaré!
TERESA. ¡Bien me interesa!
Con que, dígame usted.....
SEBASTIAN. Vamos andando.
TERESA. ¿Podré cobrar?
SEBASTIAN. Sin duda.
TERESA. ¿Cuándo?
SEBASTIAN. ¿Cuándo?
¡Qué curiosa es usted, doña Teresa!
TERESA. ¡Ah! ya comprendo; su manera esquiva
no me dá de esperanza ni un asomo.
Esa es una ingeniosa negativa;
mas yo sabré cobrarme.
SEBASTIAN. ¿Cómo?
TERESA. ¿Cómo?
Para anunciar sus modos insolentes
haré su afrenta pública en la villa:
usted, don Sebastian, tiene parientes;
voy volando á ponerme la mantilla
y á demandarles.
SEBASTIAN. ¿Qué?
TERESA. Lo dicho, dicho.
SEBASTIAN. ¡Señora!

TERESA. ¡A demandarles!
SEBASTIAN. ¡Qué capricho!
Señora, se lo ruego
por lo que mas aprecie en este mundo;
mi padre se halla en cama moribundo,
no me robe por siempre mi sosiego.
TERESA. ¡Un alguacil, no hay mas!
SEBASTIAN. Pero, señora,
si prometo pagarla desde ahora;
no dé usted un escándalo: ¡qué apuros!
Mas á mi salvacion no encuentro senda.
¡Cómo pagar, si aun cuando yo me venda
no habrá en todo Madrid quien dé mil duros!!
¡Vejarme usted sabiendo que la estimo!
TERESA. (Veré si la emprimada engaña al primo.)
Hay sin embargo quien aprecia en mucho
su persona.
SEBASTIAN. ¡Qué escucho!
TERESA. Y mas que usted se ofenda...
SEBASTIAN. ¿Quién se ofende
por eso? diga usted.....
TERESA. (Aun no me entiende;)
y si usted á su afecto corresponde.....
SEBASTIAN. (¡Oh Sebastian! ¡Al fin tu dicha labras!)
Dígame usted, ¿quién es, dónde está?
TERESA. ¿Dónde?
Al buen entendedor, pocas palabras.
SEBASTIAN. ¿Cómo?..... ¿Usted?..... ya comprendo.....
TERESA. Nadie finge
por fingir solamente en este mundo.
SEBASTIAN. ¡Gracias, señora!
TERESA. (Mi esperanza fundo.)
SEBASTIAN. (¿Y me he de casar yo con esta esfinge?)
TERESA. ¡Qué! ¿duda usted?
SEBASTIAN. Señora, yo no dudo.
TERESA. Pues dígalo usted claro, sin retórica.
SEBASTIAN. ¡Yo!
TERESA. Anhelo una respuesta categórica.
SEBASTIAN. (Quiera ¡vive Dios! volverme mudo;
pero finjamos.) ¡Oh, doña Teresa!
si usted supiera bien cuánto me pesa
ver que usted se adelanta á mis deseos.....
Lo digo sin rodeos:

desde que la ventura
logré de contemplar tanta hermosura.....

TERESA. ¿Es posible?

SEBASTIAN. (¡Qué horror!)

TERESA. Ya conocia
yo su amor hácia mí.

SEBASTIAN. (¡Vaya una tia!)

TERESA. Y por su cortedad le doy indulto.

SEBASTIAN. El amor nunca sabe estar oculto.

TERESA. Si usted darme pudiera
una prenda no mas.

SEBASTIAN. Las que usted quiera.
Una sortija, pelo.....

TERESA. (¿Y si me engaña?)
Yo quisiera mas bien un documento
por el cual se obligase.....

SEBASTIAN. Sí, al momento.

TERESA. Lo que abunda no daña.

SEBASTIAN. (¿Qué me importa firmar, si asi me deja
esta pícara vieja? Al fin y al cabo
antes de cuatro dias
me voy á la faccion.)

TERESA. ¡Oh! cuánto alabo
su bondad.

SEBASTIAN. No es estraño..... ¡Hay simpatías!
¿Y cuándo quiere usted?

TERESA. Por mí, ahora mismo.
No estan lejos de aqui las platerías.

SEBASTIAN. (Me asombra su cinismo.)

TERESA. Ya hallaremos quien haga un testimonio.

SEBASTIAN. (Falso.)

TERESA. Para que nuestro matrimonio
se verifique, ¿no es verdad?

SEBASTIAN. Es llano.
(Antes de anochecer dejo la corte.)

TERESA. ¿Qué dice usted?

SEBASTIAN. Que ofrezco á usted mi mano
Vamos, vamos á ver al escribano
(y desde alli á buscar el pasaporte.)

ESCENA IV.

DOÑA TIMOTEA *y despues* JESUSA.

(*Doña Timotea sale con una madeja toda enredada, y se sienta á devanar.*)

TIMOTEA. No sé cómo no le mato
para ver si en paz me deja.
¡Cómo ha puesto la madeja
ese demonio de gato!
Su entretenimiento alabo;
no concluyo hasta las dos
de devanar, sabe Dios
dónde podré hallar el cabo.
Vaya que es impertinencia
que me prive hoy de coser.....
pero ¿qué lo hemos de hacer?
Habrá que tener paciencia.
Voy á ver ¡pobre de mí!
si salgo de esta bolina.....
Milagro que la vecina
no ha venido hoy por aqui.
Pero, en fin, su dilacion
es natural, me convenzo.....
Estará alli don Lorenzo
dándola conversacion.
Él no sabe otro camino,
porque la muchacha es bella:
quiera Dios no abuse de ella
el pícaro libertino.
Siempre dará que contar
algun gracioso episodio.
¡Infame, le tengo un odio!
No le puedo atravesar.
Pero ¿qué tendrá conmigo,
y quién le ha dado licencia
para que con tal frecuencia
se declare mi enemigo?
De su posicion abusa
cuando esos medios emplea.....

JESUSA. Abur, doña Timotea.
(*Entra con la labor y se sienta.*)

TIMOTEA. ¡Oh señorita Jesusa!
Recordaba los deslices.....
y en congeturas me pierdo.....
mas ¡oh Dios! ahora me acuerdo.....
¡Téngalos usted felices!

JESUSA. Gracias la doy á millares,
porque hoy es, señora mia,
de mis placeres el dia.

TIMOTEA. (Y tambien de mis pesares.)
¡Ay!

JESUSA. Si mal no comprendí,
suspira usted.....

TIMOTEA. No es estraño,
que este es el dia del año
mas funesto para mí.

JESUSA. Sabe Dios que me confundo.

TIMOTEA. Guarde usted las ocasiones,
porque hay hombres muy bribones
en este pícaro mundo.
La tengo á usted compasion
cuanto mas su gracia miro.
Yo fuí bella y hoy suspiro.
¡Ay Villalon, Villalon!

ESCENA V.

Dichas y LORENZO.

LORENZO. (¿Villalon? Yo sé una historia
de ese lugar que es muy chusca.)

JESUSA. Lorenzo que ya me busca.....

LORENZO. ¡Hola, que está aqui mi gloria!
(Estoy tentado por dar
de mi genio un testimonio.)

TIMOTEA. Ya pareció este demonio.
(¿Si vendrá á hacerme rabiar?)
¿Quiere usted tomar asiento?

LORENZO. Con un obstáculo lucho:
estorbar sintiera mucho
si es interesante el cuento.
Seria tonto capricho:
yo sí que sé una aventura
que oí siendo criatura

del pueblo que usted ha dicho.
Lugar es de tentacion,
y suele dar muy graciosos
petardos á los golosos
el queso de Villalon.
Pero voy: tengo que hablar
con don Nicolás ahora;
el undécimo, señora,
ya sabe usted, no estorbar.
(*Hace una cortesía y se va por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DOÑA TIMOTEA *y* JESUSA.

TIMOTEA. ¿De cuándo acá Lorenzo tan atento?
JESUSA. No me sorprende á mí; siempre lo fue.
TIMOTEA. ¿Siempre?
JESUSA. Yo asi lo entiendo.
TIMOTEA. Mucho siento
decirla.....
JESUSA. ¿Qué?
TIMOTEA. Que lo contrario sé:
su mala fama.....
JESUSA. ¡Cómo!
TIMOTEA. ¿Usted se enfada?
¡Calavera como él, mal corazon!
Pero ¿qué siente usted?
JESUSA. Nada, no es nada;
yo tenia formada otra opinion.....
(¡Ay infeliz de mí, tarde lo advierto!)
TIMOTEA. No hay un hombre mas malo y mas infiel.
¡Pero qué!.... ¿está usted mala?
JESUSA. No por cierto.
Puede usted continuar el lance aquel.
TIMOTEA. Es mi historia, ¿usted quiere que la ensarte
hasta que fue mi novio Nicolás?
JESUSA. Entonces no es historia, es una parte.
TIMOTEA. No puedo decir mas.
JESUSA. ¿No?
TIMOTEA. Nada mas.
JESUSA. (Asi quizá mi corazon se esponje.)
TIMOTEA. Y aun hago en decir esto una merced.....

¿Habrá usted visto ya?....

JESUSA. ¿Cuál?

TIMOTEA. El Rey Monge.....

JESUSA. No, no le he visto.

TIMOTEA. Pues escuche usted.
Crecí feliz, mimada y regalona,
y envidiada de todas mi beldad:
cuantos puede anhelar una persona
gocé placeres en mi tierna edad.
Era mi padre díscolo, no obstante,
del carácter mas brusco que se vió;
y aunque mil me rondaron, ni un amante
á pedirle mi mano se atrevió.
Viendo que yo era bella, ciertamente,
y que ningun galan me pretendia,
toda la falta atribuyó inocente
á que yo el matrimonio aborrecia.

JESUSA. En tal supuesto, su inocencia leo.

TIMOTEA. ¿Quién ha de aborrecer el matrimonio,
cuando en nosotras, ¡ay!.... yo asi lo creo,
equivale á decir el patrimonio?
Solo una dicha al corazon faltaba
para gozar de Dios todo el favor;
y una dulce esperanza me halagaba,
que era la gloria del primer amor.
Y lo logré por fin, rendido y tierno,
colmando el celo de mi ardiente afan;
diciéndome su amor santo y eterno
sentí el acento del primer galan.
Yo le juré mi amor, y lo he cumplido.

JESUSA. Señora, eso me asombra.

TIMOTEA. No hay de qué,
porque es hoy justamente mi marido
aquel galan á quien amor juré.

JESUSA. Entonces, nada digo.

TIMOTEA. Del encanto
que no he podido desechar jamás:
de mi amor sempiterno y mi quebranto
Nicolás fue la causa, Nicolás.
Digna correspondencia á tal cupido
hasta la tumba fria prometí,
en una noche fria..... no me olvido
del constipado que por el cogí.

Habló á mi padre; mas tremendo y loco.....

JESUSA. ¡Qué! ¿Qué respuesta concedió al galan?

NICOLÁS. Cogió un garrote, y si me espero un poco,
quizá me priva de comer mas pan.
(*Saliendo por la izquierda.*)

ESCENA VII.

Dichas, DON NICOLÁS *y* LORENZO.

JESUSA. ¡Don Nicolás!

TIMOTEA. (¡Dios me valga,
si avanzo un poco, qué lance!)

NICOLÁS. ¿Es cierto, muger?

TIMOTEA. No hay duda.
¡Oh! ¡De buena te libraste;
porque, como iba diciendo,
tenia un genio mi padre!....

LORENZO. ¡Bravísimo! ¿Con que usted
echó á correr?

NICOLÁS. Y cuanto antes.
Apelé á la estratagema
de la fuga, y no se pasme,
que una retirada á tiempo
vale mucho. Usted repase
la infinitamente larga
cosecha de generales
que gastan cruces, y apuesto,
lo que quieran apostarme,
que por cada veinte cintas
que luzcan en los ojales,
quince son de retiradas,
y las demas..... ¡Dios lo sabe!

LORENZO. Por eso usted.....

NICOLÁS. Ya lo entiendo,
me tacha usted de cobarde;
vamos, que aun no he visto yo
cómo se maneja el sable.
Usted tiene travesura;
pero yo no sé ¡qué diantre!
si en un riesgo correrá
como el hijo de mi padre.
Y al cabo, ¿no hubiera sido

un solemne disparate
dejarse moler los huesos,
siendo víctima de un cafre,
cuando estando sano y salvo,
aunque con penas muy grandes,
podia alcanzar un dia,
para alivio de mis males,
el amor de Timotea,
que era, como siempre, un ángel?
Yo la queria en estremo;
en el cajon del estante
debo conservar algunas
de las prendas de noviaje.
En cambio, ella me ha perdido
un anillo de brillantes.....

TIMOTEA. Tienes razon, no fue culpa.....

NICOLÁS. Mas no te apures: ¿qué le hace?
Como tú no le hayas dado,
que no lo creo, á otro amante,
poco me importa un anillo
que se pierda ó que se gane.
Ahora, si en alguna mano
sospechosa puede hallarse.....
que hinque la rodilla en tierra
y rece el credo y la salve.....
pero es el caso, señores,
que don Ceferino Ugarte
me está esperando en su casa
y no quiero que se marche.
Es un coronel famoso;
¡qué suerte, Dios se la guarde!
sentó plaza de soldado.

LORENZO. Pues no ha dado mal avance
de eso á llevar tres galones.....

NICOLÁS. ¡Oh! no es ningun ignorante:
no dudo que suba mucho
donde otros que menos valen....
pero volviendo á mi historia,
mi muger puede contarles.....
que yo llevo mucha prisa;
con que abur, hasta mas tarde. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Dichos, menos DON NICOLÁS.

TIMOTEA. Pobrecito Nicolás,
siempre tan dulce y afable;
nadie dirá que es marido,
pues mas parece un amante.
(¡Ay triste, no merecias
una muger tan culpable!
LORENZO. Con que prosiga la historia. (*Sentándose.*)
JESUSA. Suplicará usted en valde:
solamente consentia
decir la primera parte.....
LORENZO. En este caso, señoras,
por si ustedes no le saben,
les voy á contar el caso.....
TIMOTEA. (¡Ay, el corazon me late!)
LORENZO. Es lance que oí contar
en mis tiernas navidades.
Háblase de una doncella
de Madrid, sencilla y frágil,
que amaba á un jóven buen mozo,
y no esperando casarse
con él, enfermó la pobre.
Llamaron á un botarate
de un médico, que en tres dias
con tisanas y jarabes,
sangrías y sanguijuelas,
la dejó como un cadáver.
TIMOTEA. (¡Jesus! Parece mi historia.)
LORENZO. Creyó imposible curarse
la misma enferma, y entonces
se resolvieron sus padres
á enviarla á Villalon.
TIMOTEA. (¡Jesus!)
LORENZO. A tomar los aires.
JESUSA. Los aires suelen ser buenos.
LORENZO. Tambien los hay muy fatales.
(*Doña Timotea vuelve la espalda.*)
TIMOTEA. ¿Cuándo acaba usté ese cuento?

¡No es poco pesado!

LORENZO. ¡Zape!
Pesado, y le empiezo ahora.....
¿Tiene usted calor?

TIMOTEA. En grande. (*Abanicándose.*)

LORENZO. Una tarde..... no, una noche:
¡que noche, vírgen del Cármen!
estaba solita en casa,
cuando sintió un ruido grave
de cornetas y tambores,
y á las voces de ¡descansen!
¡armen pabellones! y otras,
creo que de un comandante
de no sé qué regimiento
de milicias provinciales.
A poco rato. ¡Tran, tran!
llegó un soldado, ¡arrogante
mozo! la boleta en mano,
y ella no pudo escusarse
de abrir la puerta.

TIMOTEA. (¡Qué bruto!)

LORENZO. Esto me hiela la sangre.....
basta, ni puedo ni debo
proseguir.

TIMOTEA. (¡Cristo me ampare!)

LORENZO. Las tinieblas de la noche,
favoreciendo al infame,
la impidieron conocerle.

JESUSA. ¡Qué! ¿Se fue luego?

LORENZO. Al instante.
Trajeron no sé qué aviso,
dado por no sé qué alcalde,
de unos ladrones que andaban
no recuerdo por qué parte.
Sintió despues los tambores,
y otra vez al comandante
que gritaba al regimiento
¡paso redoblado! ¡marchen!

TIMOTEA. ¿Pero acaba usted? ¡Qué pelma!

LORENZO. (Bramando está de coraje.)
Pues, como digo, la moza
se mejoró por instantes,
y reparó á pocos dias

que la gente muy afable,
su mejoría aplaudiendo,
decia al verla en las calles:
¡Mire usted la picarilla
qué bien le prueban los aires!....»

TIMOTEA. Ya nos fatiga ese cuento.

LORENZO. Pues no carece de sales:
y en fin, el drama ha empezado:
sepamos el desenlace.
Continuaba en Villalon
la chica..... y aunque su padre
á la corte la llamaba
con billetes suplicantes,
tuvo precision la triste
de suspender el viaje,
y escuche usted, que ahora..... ahora
(Tomando la mano á doña Timotea.)
va lo mas interesante.

JESUSA. Y en fin, ¿regresó á la corte?

LORENZO. Sabe Dios con qué pesares
abandonó á Villalon.

TIMOTEA. ¿Por el queso? (*Haciendo la desentendida.*)

LORENZO. Disparate;
porque entonces la muchacha
¡oh desventura! era madre.

TIMOTEA. Ese cuento es puro cuento.

LORENZO. Mucho mis informes valen.

TIMOTEA. Esa muger no ha existido.

LORENZO. Aun vive..... no muy distante;
y si usted no la conoce,
que en la frente me la claven.

TIMOTEA. ¡Don Lorenzo!

LORENZO. ¿Qué se ofrece?

TIMOTEA. Yo no puedo tolerarle
tantas licencias.

LORENZO. Señora.....
mucho siento este desaire.
¡Cómo ha de ser! Eso indica
que dejaré lo restante
para mejor ocasion.
Soy suyo..... ¡Qué cipizape!
(*Se despide y sale por el fondo.*)

ESCENA IX.

DOÑA TIMOTEA *y* JESUSA.

TIMOTEA. ¡Tunante! ¿Pero usté ha visto
deslenguado semejante?
JESUSA. He sorprendido el secreto:
señora, usted no lo estrañe.
TIMOTEA. Pues bien: yo era esa muger,
aun mas fatal que culpable.
Es verdad: á pocos años
quedé huérfana: galante
hallé á Nicolás un dia;
me casé sin confesarle
este funesto secreto
que me avergüenza y me abate,
y oculté diez y siete años,
que cumplen hoy mismo, martes.
JESUSA. ¿Y el niño?
TIMOTEA. No; era una niña,
hermosa como un arcángel:
la arrancaron de mis brazos,
y despues no ha sido fácil
saber de ella.
JESUSA. ¡Horrible historia!
TIMOTEA. Ahora, el secreto.....
JESUSA. Es en balde
toda prevencion; tendré
prudencia para guardarle.
Tambien yo por mis pecados
me encuentro en un duro trance,
porque estoy enamorada.
TIMOTEA. ¿Será posible? ¡Qué diantre!
JESUSA. Y por cierto no me atrevo
á revelar á mi amante
un secreto.
TIMOTEA. ¿Usted tambien
ha tenido algun percance?
JESUSA. ¡Ay, señora, es un secreto
no poco desagradable!
TIMOTEA. ¿Y cuál es?
JESUSA. Es que yo ignoro

si es buena ó mala mi sangre,
pues no he tenido la suerte
de conocer á mis padres.

TIMOTEA. ¡Cómo!

JESUSA. Con unos señores
viví desde niña.

TIMOTEA. ¡Zape!

JESUSA. Por padres siempre los tuve,
y observé que como tales
se portaban; mas la muerte
vino por fin á aclararme
parte del secreto.

TIMOTEA. ¡Cielos!

JESUSA. Y no sé, ni sabe nadie,
si soy hija de la plebe
ó de la elevada clase.
Me dejaron heredera
de sus inmensos caudales,
y al mismo tiempo una carta,
que está cerrada con lacre,
donde dicen que el misterio
se alberga de mi linaje.

TIMOTEA. Tambien es cosa curiosa.
¿Y esa carta cuándo se abre?

JESUSA. Hoy mismo se cumple el plazo
que tuvo á bien señalarme
el difunto en cuya casa
he vivido.

TIMOTEA. ¡Que me place!
Secreto terrible es ese,
vecina mia: no obstante,
quien ha revelado el suyo
á usted.....

JESUSA. Estoy al alcance,
tiene derecho á saber
tambien el mio; no cabe
duda, señora, y yo tengo
en ello un placer.

TIMOTEA. Pues ande,
ande usted por él, que juro
no revelárselo á nadie.
Yo sé guardar un secreto,
y no hay peligro que falte.

JESUSA. Voy por la carta en un brinco.
TIMOTEA. Me tiene aturdida el lance.

ESCENA X.

DOÑA TIMOTEA *sola.*

Sí, sí, quiero examinar
el asunto, que es muy serio,
no haya aqui algun gatuperio.....
Mucho me da en qué pensar
este singular misterio.
Aunque esa muger lo entiende,
no hay miedo que me trabuque.
Pero ella es rica· ¡aqui hay duende!
¿Mas quién sabe si desciende
de algun conde ó de algun duque?
Sus modales son muy finos,
y de su amistad quizás
haga un alarde de hoy mas,
con todos sus pergaminos,
mi adorado Nicolás.
Mas ¿si acaso Lucifer,
á quien lo mas malo peta,
para hacerla padecer
la dió por padre..... un trompeta,
que todo pudiera ser?
Entonces llega el esceso
de mi dolor á la cumbre;
no quiero pensar en eso
por no soportar el peso
de tan fiera incertidumbre.

ESCENA XI.

DOÑA TIMOTEA *y* SEBASTIAN.

SEBASTIAN. Señora.....
TIMOTEA. Muy bien venido;
no está en casa Nicolás.
SEBASTIAN. No por eso me despido.

TIMOTEA. Siéntese usted sin cumplido.
SEBASTIAN. Vengo buscando algo mas.
TIMOTEA. ¿Algo mas?
SEBASTIAN. Digo que sí,
y harto el semblante me acusa,
porque estoy fuera de mí.
¿No ha venido hoy por aqui
la señorita Jesusa?
TIMOTEA. Ahora acaba de marchar;
mas no tardará en volver.
¿La ha llegado usted á amar?
Algo le puedo contar
de lo que debe saber.
SEBASTIAN. ¡Oh qué dicha!
TIMOTEA. No tan buena.
SEBASTIAN. En invierno y en verano
supiera yo andar en pena
por coger su blanca mano
con esta mano morena.
¡Qué es linda! Mira qué daño.
¡Qué es jóven! No me importuna:
si á esto agrega, sin engaño,
buena dote y buena cuna,
¿qué tiene mi amor de estraño?
TIMOTEA. Esa es la fatalidad
que ha de tocar, en verdad,
el que quiera á tal muger;
usted mismo sin querer
hirió la dificultad.
SEBASTIAN. ¿Luego usted sabe..... ¡qué afrenta!
que la que mi dicha labra
no me tiene mucha cuenta?
TIMOTEA. Temo que usted se arrepienta
si aventuro una palabra.
SEBASTIAN. Hable usted sin dilacion,
que temo en esta ocasion
que quiere echar á correr
mi corazon á comer
el pan de la emigracion.
Si esa muger tiene tacha
dígala, aunque no me cuadre,
que esta agonía me empacha.
TIMOTEA. Sepa usted que esa muchacha

no tiene padre ni madre.

SEBASTIAN. Eso es lo que yo buscaba;
si veo mas que los linces:
hallé lo que deseaba
cuando menos lo pensaba,
la muger de los tres quinces.

TIMOTEA. No comprendo yo esa cuenta.

SEBASTIAN. Tres quinces, señora, sí:
quince mil duros de renta,
que esto á nadie descontenta
y mucho menos á mí.
Para domarla á la mano
con saludables consejos,
quince años, esto es muy sano,
y quince mil leguas lejos
del pariente mas cercano.
Conozco sus intenciones;
mas de mi amor la eficacia
doblaron sus reflexiones,
que en algunas ocasiones
un lunar es una gracia.

TIMOTEA. Entonces debo callar.

SEBASTIAN. Siga usted: tengo un placer....

TIMOTEA. Si usted no me deja hablar,
nada le podré contar
de lo que debe saber.
Está usted muy engreido;
pero yo siempre he creido
que no le conviene á un hombre
tomar esposa sin nombre.....
ó mas bien, sin apellido.

SEBASTIAN. ¡Es posible! ¡Dios eterno!
No es tan infeliz Jesusa.

TIMOTEA. Ella misma es quien se acusa.

SEBASTIAN. ¡Con que nací para yerno
de la respetable inclusa!!!
¡Con que salió calabaza....
bien murmuraban las gentes!
¡Digo, y yo, que andaba á caza
de una muger sin parientes!
Pues no lleva mala traza.
¿Qué hombre, aunque perezca de hambre,
para purgar sus pecados

querrá tomar los cuidados
de cargar con un enjambre
tan inmenso de cuñados?
No, porque eso no será;
creo que no puede ser.

TIMOTEA. En este instante vendrá
como lo puede usted ver,
y asi se convencerá.
Mas ¿quién en eso tropieza?
Su amor adelante lleve,
que asi puede esa belleza
venir de la baja plebe
como de la alta nobleza.

SEBASTIAN. ¡Qué horror! ¡Si soy un zanguango
cuando de un modo imprudente
en tal vil amor me enfango,
yo que soy un descendiente
de gente de ringo-rango!

TIMOTEA. Ahora puede usted notar
si sus mismas espresiones
se conviene en permutar,
que en algunas ocasiones
una gracia es un lunar.

SEBASTIAN. Vamos, no quiero saber
nada mas de esa muger
bella para mi tormento.

TIMOTEA. Pues ya sus pisadas siento.

SEBASTIAN. ¿Dónde me podré esconder?

TIMOTEA. No sea usted indiscreto.

SEBASTIAN. Aunque indigna de mi amor,
sabré guardar el secreto,
señora, se lo prometo
bajo palabra de honor.

ESCENA XII.

Dichos, DON NICOLÁS *y* JESUSA.

JESUSA. A buen tiempo hemos llegado.

NICOLÁS. ¡Jesus, Jesus, qué barrullo!
¡Hola, Sebastian!

SEBASTIAN. Sin duda

viene usté á tiempo oportuno,
que hemos de hablar del negocio....
(No hay remedio, me zambullo
en la faccion.)

NICOLÁS. Ahora mismo
tengo en ello mucho gusto;
venga usted á mi despacho.

SEBASTIAN. (Si permanezco un segundo
delante de esa muchacha,
me parece que sucumbo.)
Vamos, vamos allá dentro.
Señoras..... (*Haciendo un saludo.*)

NICOLÁS. Menos repulgos.
(*Le empuja y entran los dos.*)

JESUSA. Aqui tiene usted la carta.

TIMOTEA. (En verdad que me confundo,
porque si llego á encontrar
en ella algun exabrupto,
no sé qué haré de esta moza;
me temo que la desnuco.)

JESUSA. ¿Vacila usted?

TIMOTEA. No vacilo.

JESUSA. Como usted duda.....

TIMOTEA. No dudo.
Estas cosas vale mas
no mirarlas sin escrúpulos.
Misterios son respetales
los secretos de un difunto.

JESUSA. Dice usted bien..... (¡Qué mudanza!)

TIMOTEA. (¡Yo que al mismo tiempo sufro
tal comezon por saber
lo que dice el papelucho!)

JESUSA. Por eso nada se pierde,
la llevaré en un minuto.

TIMOTEA. ¡Qué ejecutiva es usted!
(Qué haré yo? Nada; mi orgullo
me aconseja la prudencia.
Pero ¿y si quiere Dios justo
que esta muger hija sea
de algun príncipe Coburgo?)
Tenga usté un poco de calma;
yo, señora, me figuro

que hay pasos en esta vida
que deben pensarse mucho.

JESUSA. En efecto: es necesario
ver lo que se hace en el mundo.

TIMOTEA. (¿Y si por una tontuna
la ventura no disfruto
de tratar á una señora
de las de mas alto rumbo?)
En último resultado,
creo, y en algo me fundo,
que nada cuesta, hija mia,
satisfacer nuestro gusto.
¡Qué diantre! ¿Quién dijo miedo?
Deme usted la carta al punto.

JESUSA. Tenga usted.

TIMOTEA. (¡Siento un mareo.....
una agitacion de músculos!.....
¡Si, lo que no quiera Dios,
esta muger fuera el fruto
de algun ente repugnante,
por ejemplo, de un verdugo,
esperimento una angustia!....)
(*Al apreton que da á la carta se abre.*
Mas ¡ay! que con el impulso
de los alterados nervios
rompí el papel: ya no lucho
con la fiera incertidumbre
cuyo poderoso influjo
me agitaba hace un momento:
escúcheme usted.

JESUSA. Ya escucho.

TIMOTEA. «Soy un hombre desgraciado, (*Leyendo.*)
»aunque opulento he vivido,
»que el mejor un sueño ha sido
»de los bienes que he gozado.
»Mil vueltas al mundo he dado
»perdiendo en mi corazon,
»náufrago, sin direccion
»que en la inmensidad avanza,
»cada paso una esperanza,
»cada instante una ilusion.
»Una muger dió acogida

»de mi cariño al desvelo,
»bien reclamado del cielo,
»que Dios llevó á mejor vida.
»Dejó en su fatal partida
»para calmar mi dolor
»un niño, cándida flor,
»bálsamo en mi desventura,
»remedo de su hermosura,
»memoria de nuestro amor.
»Él concentraba dichoso,
»recordándome á su madre,
»todo el cariño del padre,
»todo el fuego del esposo.
»Aun fuera yo venturoso;
»pero la suerte importuna,
»celosa de una fortuna
»que era de mi amor testigo,
»quiso que un vil enemigo
»me lo robase en la cuna.
»Si aun vive, y saber sus males
»alcanza, que no lo espero,
»él es el solo heredero
»de mis inmensos caudales.
»Quizá los hados fatales
»le salven del ataud:
»yo confío en tu virtud,
»Jesusa, que si le vieres,
»comprendas cuántos deberes
»te impone la gratitud.
»Mas si es inútil tu afan;
»si condenado ha nacido
»á morir en el olvido
»mi querido Sebastian.....»

JESUSA. ¡Cómo!

TIMOTEA. Sebastian, bien claro,
mírelo usted.

JESUSA. No lo dudo,
seria coincidencia
bien rara.

TIMOTEA. Yo no lo juzgo
posible, porque este jóven
es hijo de don Facundo

Cepeda, mi íntimo amigo.

JESUSA. En este caso no arguyo.
Por mi parte, crea usted
que anhelo tener un triunfo,
si pareciendo ese jóven,
sus bienes le restituyo.
¡Era tan bueno su padre!
Bien sabe Dios lo que sufro
con esa lectura.

TIMOTEA. ¡Bravo!
Ese rasgo vale un mundo,
y celebro, amiga mia,
porque celebrar es justo,
que en pecho tan candoroso
haya un corazon tan puro.
Pero sigamos la carta:
escúcheme usted.

JESUSA. Ya escucho.

TIMOTEA. «Mas si es inútil tu afan; (*Lee.*)
»si condenado ha nacido
»á morir en el olvido
»mi querido Sebastian,
»tu garantía verán
»todos en este papel,
»y mis bienes, niña fiel,
»disfrutarás sin escusa,
»que tambien tú eres, Jesusa,
»tan desgraciada como él.
(Jesusa se enjuga las lágrimas.)
»Si objeto de amor te eligen,
»nunca hallarás para esposo
»un hombre tan generoso
»que quiera ignorar tu orígen.
»Si estas noticias te exigen,
»sabrás que en cierta ocasion
»vino por la precision

(*Doña Timotea, tartamudeando por la sorpresa, lee para sí estos últimos versos.*)

»de tomar aires del Norte
»una jóven de la corte
»¡al pueblo de Villalon!!!»

¡Dios mio! ¿qué es lo veo?
(*Representando. Se levanta.*)

JESUSA. ¡Cómo la tirita el pulso!
Y se vá.....

NICOLÁS. ¡Quiero que salga! (*Dentro.*)

SEBASTIAN. Hombre, tenga usted prudencia. (*Idem.*)

JESUSA. Estoy con una impaciencia.....

TIMOTEA. ¡No hay duda, Jesus me valga!
(*Al volverse hácia Jesusa ve á don Nicolás, y se detiene.*)

NICOLÁS. ¡Estoy hecho un alquitran!
¡Señorita! (*Á Jesusa con malos modos.*)

SEBASTIAN. ¡Discrecion!

TIMOTEA. ¡Hija de mi corazon! (*Aparte.*)

NICOLÁS. Me lo ha dicho Sebastian,
y por Dios que si me atufo.....

TIMOTEA. (¡Cuando estrecharla quisiera,
santo Dios!)

NICOLÁS. ¡Una inclusera!!
¡Qué ignominia! ¡Estoy que bufo!!

JESUSA. ¿Qué dice usted?

TIMOTEA. ¡Nicolás!

NICOLÁS. ¡Tú tambien!

TIMOTEA. ¡Oh, por favor!
¡Ten piedad de mi dolor!

JESUSA. Pero diga usted.....

NICOLÁS. ¡Atrás!

SEBASTIAN. Ya casi estoy conmovido.

JESUSA. Yo me iré sin dilacion.

SEBASTIAN. (Y que no es mala ocasion
si quiero sacar partido.)

TIMOTEA. No se vaya usted.

SEBASTIAN. Yo entiendo, (*Á don Nicolás.*)
que usted de áspero se pasa.

NICOLÁS. ¡Que se vaya de mi casa!

SEBASTIAN. Bien está, yo la defiendo.

NICOLÁS. ¿Qué escucho? ¡No hay mas que ver!

SEBASTIAN. Sí, contra usted y contra todos,
ya que no sabe los modos
de tratar á una muger.
(*Acompaña á Jesusa por la puerta del fondo.*)

TIMOTEA. (¡Hija de mi corazon!!!
Recibe mi adios postrero.)

¡Ay! (*Mirando á don Nicolás.*)

NICOLÁS. ¿Qué es eso?

TIMOTEA. Yo me muero.....

¡Perdon, Nicolás, perdon!!!

(*Se arrodilla: don Nicolás se encoge de hombros manifestando su sorpresa.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LOERNZO *y* SEBASTIAN.

LORENZO. Pues sí, querido Cepeda.
SEBASTIAN. ¿Qué es lo que dices?
LORENZO. Lo que oyes.
SEBASTIAN. Sepa yo esa novedad.
LORENZO. Que á don Facundo, no llores,
le ha cascado un accidente
de epilépsia.
SEBASTIAN. Por san Roque.
¡Mi padre! (*Quiere irse y le detiene Lorenzo.*)
LORENZO. No, no te apures.
SEBASTIAN. Como que.....
LORENZO. Por dos razones:
una porque ya está bueno.
SEBASTIAN. Pues no digas mas entonces.
LORENZO. Y otra, porque al fin y al cabo
él no es tu padre.....
SEBASTIAN. En el orbe
no hay hombre mas informal.
LORENZO. Pero eso nada te importe.
Lo que me interesa mas,
Sebastian, aunque te asombres,
es confiarte un secreto
que tiene cuatro bemoles.
SEBASTIAN. Ya escucho.
LORENZO. Pues francamente,
me caso.
SEBASTIAN. ¿Estamos de amores?
¿Y con quién?
LORENZO. ¿Quieres saberlo?
SEBASTIAN. ¿Dónde la bella se esconde,

ligera como las auras
y hermosa como las flores,
cuyas gracias ablandaron
ese corazon de bronce?

LORENZO. No es su gracia la que busco;
son unos cuantos millones.....

SEBASTIAN. ¿Con que es decir que te casas
solamente por la dote?

LORENZO. Nada mas.

SEBASTIAN. ¿Y ella te quiere?

LORENZO. De mis buenas intenciones
no duda, y la ha desgarrado
la flecha de los amores.

SEBASTIAN. ¿Quién es?

LORENZO. Es lo que no puedo
decir.

SEBASTIAN. Como te acomode.

LORENZO. Si tú me dieras palabra
de callarlo.

SEBASTIAN. Lo que sobre
será guardar el secreto.

LORENZO. Creo que nadie nos oye.
(*Observando al rededor.*)
Pues..... la dama que me adora, (*Con misterio.*)
la que ha de ser mi consorte,
la que me ha dado mil pruebas.....
es..... Jesusa.

SEBASTIAN. ¡Caracoles!!
¡Qué!.... ¿Jesusa?.... tú pretendes.....

LORENZO. Como cinco y seis son once.

SEBASTIAN. ¡Qué diablo!.... Pues yo tambien. (*Riéndose.*)

LORENZO. ¡Cómo!

SEBASTIAN. Un rayo se desplome
si no es verdad; mas no creo
que tengas tú pretensiones.....

LORENZO. Si hace que la estoy rondando
desde el ministerio Lopez.....
y á mayor abundamiento
digo que me corresponde,
que tengo seguridad.

SEBASTIAN. (Yo tiemblo como el azogue.
Puede que este hombre desista
de sus locas intenciones

si yo el secreto revelo
y finjo.....) No me conoces.
Yo no quiero á esa muger
aunque de oro me la borden.

LORENZO. Tanto mejor; quedo solo,
me viene como de molde.

SEBASTIAN. ¡Oh! Yo la detesto, y tú
quizá la detestes doble
si yo te digo una cosa.

LORENZO. ¿Aver, á ver? ¡Por san Cosme!

SEBASTIAN. No creo que un caballero
de tu hilaza se desdore
solicitando á una dama
de tan malas condiciones.

LORENZO. ¡Cómo!

SEBASTIAN. Lo dicho.

LORENZO. ¿Pues qué?

SEBASTIAN. Sí: sabe, aunque te incomodes,
que esa chica es una huérfana.....

LORENZO. ¿De veras? ¡Mira la pobre! (*Con sentimiento.*)
Ahora es cuando yo la quiero;
sí, Cepeda, y no te choque,
porque sin padre y sin madre
que la defiendan, conoce
que está muy mal en un mundo
de pícaros y bribones.

SEBASTIAN. Vaya, no me has comprendido;
pareces un alcornoque:
te digo que es..... ¡inclusera!

LORENZO. ¡Poderoso Dios del orbe, (*Con mucho sentimiento.*)
que á los buenos das el premio
y á los malos el garrote,
ten piedad de la injusticia
con que te tratan los hombres!
¡Desde que invadí ¡oh desdicha!
la senda de las pasiones,
que andaba yo por el mundo
con la linterna de Diógenes
en busca de una inclusera!

SEBASTIAN. Este muchacho es un poste.
¿Qué estás diciendo?

LORENZO. Te doy
gracias, Sebastian.

SEBASTIAN. ¡Qué zote!
LORENZO. ¡Déjame darte un abrazo,
y cinco..... y diez..... y catorce!
SEBASTIAN. Señor mio, ya me canso
de apurar los sinsabores.
Sepa usted que yo la adoro,
no en mi infortunio se goce,
que no es tanta mi paciencia
que sus sandeces perdone.
LORENZO. ¡Hola! Se pone usted serio.....
pues yo tambien.
SEBASTIAN. Pues al golpe
puede usted ir preparando
la pistola ó el estoque.
LORENZO. No por cierto.
SEBASTIAN. ¡Usted rehusa!
LORENZO. No me bato con un hombre
que puede ser mi lacayo
si Cristo no le socorre.
SEBASTIAN. ¡Señor mio!
LORENZO. Escuche usted
para que no me sofoque.
Cuando se puso tan malo
don Facundo.....
SEBASTIAN. Mas al trote,
mi padre.
LORENZO. Que no es su padre
repito.
SEBASTIAN. ¡Qué alma de adobe!
LORENZO. Digo, pues, que don Facundo.....
SABASTIAN. Sí, mi padre.
LORENZO. ¡Qué hotentote!
Repito que usted no es hijo
de don Facundo.
SEBASTIAN. ¿Por dónde
saca usted la consecuencia?
Yo sé que llevo su nombre;
no es mi culpa si mi madre.....
LORENZO. Señor Cepeda, reproches
no hacen al caso: no insulte
á quien debe mil favores.
Decia que don Facundo,
creyéndose ya en los bordes

de la tumba, declaró
ante apreciables varones,
que usté es hijo de una dama
que él amaba cuando jóven.
Que esta despreció su amor
y se enlazó con un hombre
á quien odiaba de muerte
don Facundo; y se supone
que ese le dió á usted la vida.
Que tocó muchos resortes
don Facundo resentido,
y que por fin decidióse
á robar á su rival
el fruto de sus amores;
que lo consiguió en efecto,
y le trajo á usté á la corte
para adoptarle por hijo;
porque, añade, muy conforme,
que usted refleja en su mente,
por el dia y por la noche,
la imágen de aquella dama
que tan dulces sensaciones
despertó en su alma.

SEBASTIAN. ¿Es posible
que mi ventura zozobre?

LORENZO. Yo seria un mentecato
si anduviera á pescozones.....

SEBASTIAN. ¿Pero es verdad ó es un cuento?

LORENZO. ¿Cuento?.... de Birlibirloque.....
Diré á doña Timotea
el orígen de este pobre,
y ella que es tan aristócrata.....
no sé qué hará, se supone.....
de su casa le despide,
sin decir oste ni moste.
(*Entra por la derecha sin despedirse.*)

ESCENA II.

SEBASTIAN *solo.*

Yo, que me contemplé digno de un solio
por mis virtudes y costumbres puras,

voy á ser caballero de aventuras
si en mi cuna empezó tal monopolio.
Mucho debo pensar en este escolio.....
que los locos y tiernas criaturas
dicen grandes simplezas y locuras,
pero tambien verdades..... y de á folio.
¡Y qué! ¿Me ha de abatir la incertidumbre?
No tengo ¡vive Dios! tan poco juicio;
ni ha de causarme un hombre pesadumbre,
hijo de la maldad, padre del vicio,
que el escándalo tiene por costumbre
y ejerce la mentira por oficio.

ESCENA III.

SEBASTIAN *y* DON NICOLÁS.

NICOLÁS. Sebastian, venga un abrazo,
¡albricias!
SEBASTIAN. ¡Otro qué tal!
NICOLÁS. Creo que ni un liberal
podrá escapar de este lazo.
¿No sabe usted el rumor
que corre de golpe fuerte?....
SEBASTIAN. No sé sino que la suerte
me trata con tal rigor,
que ya estoy desesperado
y, por Dios, no sé qué hacer.
NICOLÁS. ¿Pero qué ha de suceder
habiéndose enamorado,
y esto no merece indulto,
de una plebeya, quizás
de alguna?....
SEBASTIAN. Don Nicolás,
cuidado con que un insulto
esa lengua sin decoro
llegue insensata á verter
con ánimo de ofender
á la muger que yo adoro;
que si advierto tal malicia,
temo con harta evidencia
que obre mi poca paciencia
con demasiada justicia.

NICOLÁS. A mí me han dicho, soy franco,
aunque sé que esto le duele,
que doña Teresa suele.....
SEBASTIAN. Salida de pié de banco.
Siempre lo dije, ¡pamplina!
¿Y qué tengo yo que ver
con esa fiera muger?
Se trata de la vecina.
NICOLÁS. ¡Cómo! ¿Ya cambió de amor?
¡Bueno, dos veces al dia!
Perdone usted, no sabia.....
pero..... en fin, tanto peor.
No trato de ser tan zote
que mas injurias intente;
mas hable usted francamente:
¿se va buscando la dote?
Contésteme sin escusa,
porque en tal caso le juro
que no doy yo medio duro
por la dote de Jesusa.
¿Medio duro? Ni dos reales:
¿qué es lo que tiene? Quizás
cuatro terrones no mas,
y eso en bienes nacionales.
SEBASTIAN. Lo que es yo no me convenzo.
NICOLÁS. Ademas, esa señora.....
¡ya lo entiendo!.... ¡Usted ignora
que se casa con Lorenzo!....
SEBASTIAN. ¿Pero es verdad?
NICOLÁS. Si es notorio.
SEBASTIAN. Señor, señor, ¿hasta cuándo
estaré en vida pasando
las penas del purgatorio?
NICOLÁS. Su falta de religion.....
SEBASTIAN. ¡Oh don Nicolás! consiento;
por eso en este momento
me voy.
NICOLÁS. ¿Dónde?
SEBASTIAN. A la faccion:
en esto mi dicha fundo;
mas no espero las albricias.....
NICOLÁS. Porque ignora las noticias
que corren por ese mundo.

SEBASTIAN. ¿Vamos bien? ¡Por santa Fany!
NICOLÁS. Como amigo se lo advierto: (*Con misterio.*)
se me ha dicho por muy cierto
que han fusilado á Tristany.
SEBASTIAN. ¿Y es esa..... ¡Dios nos asista!
la novedad en sustancia?
NICOLÁS. ¿No alcanza usted su importancia?
SEBASTIAN. ¿No era un caudillo carlista?
NICOLÁS. A los hombres en rigor
es muy difícil juzgarlos:
este proclamó á don Cárlos
y luego le fue traidor.
SEBASTIAN. ¿Se hizo liberal?
NICOLÁS. No tal.
SEBASTIAN. Será un grande botarate
quien diga tal disparate.
NICOLÁS. Ni servil, ni liberal.
Por medios solo indirectos
quiso preparar un lance.....
pero..... el demonio que alcance
sus diabólicos proyectos.
Ya se iba echando en el surco,
que aunque valiente en la lid,
hay quien afirma en Madrid
que estaba vendido al turco. (*Con misterio.*)
Por eso su regimiento,
(es decir, sus partidarios),
le ha entregado á los contrarios;
para hacer un escarmiento.
Y es bien hecho, fuera pillos;
cese la falsa moneda:
ahora vendrá Balmaseda,
ó Llangostera ó Palillos,
que sabrán dar por la posta
de su carácter destellos,
porque donde caigan ellos
dí que cayó la langosta.
Y si progresan..... no es nada;
entonces, querido amigo,
verá usté el precio del trigo.
SEBASTIAN. ¿Al nivel de la cebada?
Pues no faltarán alarmas.
NICOLÁS. Como que está bien tramado:

todita la noche ha estado
la tropa sobre las armas.....

SEBASTIAN. Por eso solo no emigro;
porque si eso anuncia daños,
hace ya tres ó cuatro años
que la patria está en peligro.
Hay tanto miedo á una bulla,
que temo, y no es disparate,
que un dia en el chocolate
voy á hallarme una patrulla.

NICOLÁS. Para su bien le apercibo,
no me reprenda despues,
que el veintidos de este mes
se da el golpe decisivo.
Y de tal modo se fragua,
que oponerse fuera en vano:
anda el unto mejicano
por ese Madrid..... como agua.
Ya se vé: como la Prusia
lanza de esterminio el rayo,
y á mas..... viene mi tocayo.....
el emperador de Rusia.....
Hacen el golpe certero
las medidas acordadas,
que hay aqui buenos espadas
y yo soy..... el cachetero.

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA TIMOTEA *y* LORENZO *que salen por la derecha. Despues* JESUSA *como despidiéndose de* LORENZO.

TIMOTEA. Servir á usted, espresiones.
NICOLÁS. ¡Hola! ¡Está aqui don Lorenzo!
LORENZO. Su buen servidor y amigo.
NICOLÁS. Tanta fineza agradezco.
JESUSA. Vecina..... (*Entrando por el fondo.*)
NICOLÁS. (Aqui está otra vez
esta muger ó embeleco.)
TIMOTEA. (¡Hija querida!) (*Se dirige á darla la mano.*)
JESUSA. Señora,

dispense el atrevimiento
de presentarme en su casa;
pero no he podido menos.
¿Ha guardado usted, señora,
la carta de los secretos?

TIMOTEA. Ahora me acuerdo ¡Dios mio! (*Registrándose.*)

NICOLÁS. Con que, Cepeda, tenemos
que hablar antes que usted marche.

SEBASTIAN. Pero yo.....

NICOLÁS. Saldrá usted luego.

(*Se retiran: Sebastian se queda escuchando á la puerta, y lo mismo don Nicolás.*)

TIMOTEA. ¡Válgame la Vírgen santa
del Cármen! ¿Dónde habré puesto
esa carta?

LORENZO. ¿Si será
este papel?
(*Levantando la carta que estará en un rincon.*)

TIMOTEA. En efecto.
Hágame usted el favor,
por caridad se lo ruego;
que Nicolás no lo sepa
ni Sebastian.

SEBASTIAN. ¡Santo cielo!
¿Qué yo no lo sepa?

NICOLÁS. ¡Lindo!
¿Qué yo no lo sepa?

SEBASTIAN. ¡Bueno!

NICOLÁS. Pues aqui hay gato encerrado.

SEBASTIAN. Importante es el misterio.

TIMOTEA. Don Lorenzo, deme usted
esa carta.

NICOLÁS. No por cierto, (*Volviendo.*)
que yo la reclamo.

SEBASTIAN. Y yo.

TIMOTEA. ¿Vosotros? ¿Con qué derecho?

NICOLÁS. ¿Y con qué derecho tú
te opones á mis deseos?

SEBASTIAN. ¿Y con qué derecho usted
trata de burlar mi intento?

LORENZO. ¿Y con qué derecho todos
reclaman lo que yo tengo?

TIMOTEA. ¡Yo quiero la carta!

NICOLÁS. Y yo.
SEBASTIAN. Es que yo tambien la quiero.
LORENZO. (¡Miren ustedes qué asunto
para un artículo serio!)
Pues yo no la doy á nadie.
TIMOTEA. ¿Cómo que no?
LORENZO. Lo sostengo;
y porque todos la tengan
ahora mismo me la llevo.
La insertaré en el periódico,
por cuyo sencillo medio
habrá para cada uno
mil ejemplares impresos.
TIMOTEA. ¡Ah! ¡Por Jesus le suplico!....
JESUSA. ¡Dios mio! ¿Si será cierto?....
NICOLÁS. ¡Cómo se apura mi esposa!
¿Si será algun trapicheo?....
¡Don Lorenzo, yo prohibo
que usté apele á ese remedio!....
JESUSA. Y yo tambien, señor mio,
reclamo el papel funesto.
LORENZO. ¡Oh! yo lo creo, Jesusa:
por usted no digo yo eso.
¿Cómo pudiera negarme? (*La da el papel.*)
JESUSA. Es claro.
TIMOTEO. (Es igual.)
SEBASTIAN. Entiendo
que voy á matar á ese hombre.
No sé cómo me contengo.)
NICOLÁS. Qué ¿está usted quemado? (*A Sebastian.*)
LORENZO. Es justo
complacer á usted.
SEBASTIAN. ¡Ah! ¡Creo!....
NICOLÁS. Hombre, no, venga usté acá,
y hablaremos un momento:
(pienso que vá á haber aqui
un lance si no le llevo.) (*Vanse.*)
LORENZO. Usted sabe que soy suyo.
JESUSA. (¡Siempre tan galante!)
LORENZO. Pero
quizá un secreto se oculta
en ese papel, pues veo
á mucha gente agitada

con tan estraño misterio.

JESUSA. Aun no lo sé.

(Sebastian vuelve por el fondo de puntillas á observar á Lorenzo, y lo mismo don Nicolás observando á Sebastian. Doña Timotea, que no puede contener su emocion, abraza á Jesusa diciendo.)

TIMOTEA. ¡Hija de mi alma!

JESUSA. ¡Cómo! ¡Todo lo comprendo! (*Se abrazan.*)

NICOLÁS. ¡Y yo tambien, voto á crivas!
¡Timotea!!! ¡Tú me has muerto!!!

TIMOTEA. ¡Dios me ampare!

JESUSA. ¡Dios me valga!

SEBASTIAN. Esta casa es el infierno.

NICOLÁS. Deme usted ese papel
por Jesus de Nazareno.

JESUSA. No señor, me pertenece.

TIMOTEA. (¿Cómo podré componerlo?)

NICOLÁS. ¡Ay! ¡Estoy desesperado!
¡Siento el punzon de los celos!

LORENZO. ¡Qué asunto para un artículo!

TIMOTEA. No te desesperes, necio:
¿qué diablos te has figurado?

NICOLÁS. ¡Nada! ¡Que soy un cabestro!

TIMOTEA. Yo quiero que te convenzas.....

NICOLÁS. No, muger, no me convenzo
si no me dais el papel.

TIMOTEA. El papel es un secreto.

NICOLÁS. Pues si no me dais la carta,
dime lo que encierra dentro.

SEBASTIAN. Eso es, sepamos que dice.

LORENZO. (¿Con que es su hija? Lindo cuento,
que puedo yo aprovechar
en la gacetilla.) Es cierto,
sepamos todos qué dice.

TIMOTEA. Me ponen en tal aprieto.....

JESUSA. (¡Ay, madre mia..... indiscreta!
Pues no va á tener aliento.....)

TIMOTEA. Diré á ustedes lo que dice:
viene á ser un testamento
del padre de esta señora
confirmándola.....

JESUSA. ¡Qué miedo!

TIMOTEA. Un capital que asegura

treinta mil duros de réditos.

LORENZO. (¡Que no gastaré yo coche!....) (*Afirmando.*)

SEBASTIAN. (Pues no me pesa el saberlo.)

NICOLÁS. Mas ¿qué tiene eso que ver,
Timotea, no lo entiendo,
con aquello de ¡hija mia!

TIMOTEA. Tiene que ver (si no encuentro
una mentira.....) sin duda;
esta señora ha resuelto.....
(consiente en lo que yo diga. (*A Jesusa.*)
ó estoy perdida.)

JESUSA. (Consiento.) (*A doña Timotea.*)

TIMOTEA. El caso es que esta señora
corresponde á los deseos
de Cepeda, que la quiere.

LORENZO. ¿Qué escucho?

SEBASTIAN. ¡Qué bueno es esto!

JESUSA. (Vaya un fatal compromiso.)

LORENZO. Usted afirma..... (*A Jesusa.*)

TIMOTEA. ¡Silencio!
Y como yo á Cepedita
le miro como hijo nuestro,
y sé que se van á unir
en sacrosanto himeneo.....
Es muy justo que tú y yo,
si tal sucede, miremos
á esta amable señorita
como suegra y como suegro.
¿No es verdad, hija?

JESUSA. Sí..... sí.....

TIMOTEA. ¿Verdad, Sebastian?

SEBASTIAN. Lo apruebo.

TIMOTEA. ¿Verdad, Lorenzo?
(*Este se pasea sofocado y no contesta.*)

NICOLÁS. Mil gracias,
muger, estoy satisfecho;
deja que te dé un abrazo,
pues me has quitado un tormento
que sentia en mi cabeza
de veinte arrobas de.....

LORENZO. ¡Cuernos!
(Con lo que sale la chica:
por Dios que me dejan fresco;

pero que hoy mismo me lleven
los diablos si no me vengo
de la madre y de la hija
y del novio y del abuelo.
Hasta las piedras serán
un estorbo á este himeneo.) (*Vase.*)

ESCENA V.

Dichos, menos LORENZO.

JESUSA. En un fuerte compromiso *(A doña Timotea.)*
me ha puesto.....
TIMOTEA. (Ya no hay remedio.)
NICOLÁS. Doy á usted la enhorabuena. *(A Sebastian.)*
TIMOTEA. ¿Tanto quieres á Lorenzo?.... (*Aparte á Jesusa.*)
JESUSA. No; pero está mi palabra
empeñada.
TIMOTEA. Es lo de menos.
SEBASTIAN. ¿Con que usted me hace el favor?....
JESUSA. Mi madre..... digo.....
SEBASTIAN. Estoy lelo.
JESUSA. Doña Timotea ha dicho
lo bastante.
SEBASTIAN. ¡Qué contento!
¡Pero no! ¡Estamos perdidos!
NICOLÁS. ¡Qué! ¿perdidos?
SEBASTIAN. Yo me entiendo.....
Tengo yo, don Nicolás,
muchas razones de peso,
que revelar no es posible,
para casarme en secreto.
(Digo, pues si lo supiera
doña Teresa.....)
NICOLÁS. Convengo:
¿y qué?
SEBASTIAN. No conoce usted
el carácter de Lorenzo.
Capaz es de publicar
en su diario el proyecto,
y entonces estoy perdido.
NICOLÁS. No se apure usted por eso:

voy á buscarle ahora mismo,
y si acaso no le encuentro,
pienso dejarle un recado
de que en mi casa le espero.
De paso veré si cojo (*A Sebastian bajo.*)
una carta del correo,
donde espero interesantes
noticias de Cárlos Sesto. (*Vase.*)

SEBASTIAN. Voy á casa en un segundo,
que es natural que me cuadre
poderle decir al mundo:
Mi padre no es don Facundo,
ó don Facundo es mi padre.
¿Si tendrá ese hombre razon?
(*Toma el sombrero y sale.*)

ESCENA VI.

DOÑA TIMOTEA *y* JESUSA, *despues* SEBASTIAN.

(*Doña Timotea, viéndose sola con Jesusa, la abraza, y las dos hablan sin ver á Sebastian, que vuelve inmediatamente.*)

TIMOTEA. Ven, hija, sin dilacion,
que tal mi desgracia ha sido,
que aun infeliz no he podido
desahogar mi corazon.

SEBASTIAN. Lo que yo debiera hacer (*Volviendo.*)
santiguarle con un báculo:
he sido un necio en creer.....
(*Repara en las dos mugeres que estan abrazadas.*)
pero esto es cosa de ver.....
¡Me sorprende el espectáculo!

JESUSA. ¿Con que es cierto, madre mia,
que tanta mi dicha sea?

SEBASTIAN. Mire usted, ¿quién lo diria?
¡La tal doña Timotea!
¡Qué cosas se ven hoy dia!

TIMOTEA. No te apartes de mi lado,
deja que el pecho estasiado
se goce con tu hermosura,
que hartos años he apurado
la copa de la amargura.

Sí, tu alma cándida ignora
desde que mas no te ví,
cuántas veces ¡ay de mí!
me ha sorprendido la aurora
rogando al cielo por tí.
¡Cuántos dias he pasado
de terribles sufrimientos!
¡Cuánto llanto ha derramado
mi corazon destrozado
por tristes remordimientos!
Sin que una señal la suerte
me diese satisfactoria,
yo esperaba conocerte,
que siempre creyeron verte
los ojos de la memoria.
Soñando yo imaginaba
tender maternales lazos,
y el gozo me despertaba
de contemplarte en mis brazos.....
¡pero jamás te encontraba!
Ilusiones estas son,
propias de una madre impía
que al cielo pide perdon.
Pero..... ya no es ilusion:
ven á abrazarme, hija mia. (*Se abrazan.*)

JESUSA. ¡Oh madre! Feliz he sido
con los que me han educado,
cuyas bondades no olvido.
La esperanza me ha halagado,
la dicha me ha sonreido.
Libre de infausto desvelo,
creí tener el consuelo
de que de Dios la eficacia,
me daba en la tierra el cielo
adelantando su gracia.
Mas á tal felicidad
que hoy siento, madre querida,
mediaba la inmensidad
que hay del sueño á la verdad
y de la muerte á la vida.
Aunque hoy, señora, ¡qué mucho,
si á mi madre el gozo aumento,
cuyo corazon contento

lanza suspiros que escucho
y da latidos que siento!

TIMOTEA. Mias tus dichas serán,
porque eres tú mi embeleso:
yo no miro al qué dirán.

JESUSA. ¡Ay!.... *(Viendo á Sebastian.)*

TIMOTEA. ¡Qué tienes?

JESUSA. ¡Sebastian!

SEBASTIAN. No hay que apurarse por eso.
El secreto sorprendí;
mas no ha de salir de aqui.

TIMOTEA. Ha sido torpe descuido;
¿pero qué me importa á mí?
Al fin va á ser tu marido:
¿este placer no te priva?.... *(A Sebastian.)*

SEBASTIAN. Está mi alma, al llanto esquiva,
por mas que usted no lo advierta,
llorando á lágrima muerta
que es mas que á lágrima viva.
Mas ya que testigo fiel
de este espectáculo fuí,
hábleme usted del papel:
¿qué misterios hay en él
para ocutarle de mí?

TIMOTEA. A tu discrecion confio
lo que guardo en la memoria.
Él es tu destino, impío;
en él se esconde, hijo mio,
el secreto de tu historia.

SEBASTIAN. ¿Revela mi nacimiento?
Mas justo es ya que lo pida;
démele usted al momento,
que estoy de saber sediento
el misterio de mi vida.

TIMOTEA. ¡Imposible!

SEBASTIAN. ¡Indispensable!

JESUSA. ¡Yo, madre!.... *(En ademan de dar la carta.)*

TIMOTEA. ¡Qué! ¿Dónde vas? *(A Jesusa.)*
Tú no comprendes quizás
que quedabas miserable
si este hombre se vuelve atrás.)
Harás mal en aburrirte *(A Sebastian.)*
del plan que en la mente trazo:

que puesto que en santo lazo
con mi sangre vas á unirte,
quiero señalarte un plazo.
Yo el papel te he de entregar,
porque en eso no hay escusa;
pero tienes que esperar
en tanto que á mi Jesusa
no dés el sí en el altar.
¿No me harás ese favor?

SEBASTIAN. Aunque quiero con fervor
á Jesusa y soy benigno,
accedo con gran dolor;
mas ¿qué he de hacer? Me resigno.

TIMOTEA. ¡Siento pasos!

JESUSA. ¡Ay de mí!

SEBASTIAN. Sí, yo tambien los sentí. (*Se asoma por el fondo.*)
Y es Lorenzo: ¡trance fiero!

TIMOTEA. Ven á mi cuarto, que quiero
no separarme de tí. (*Entran por la derecha.*)

ESCENA VII.

SEBASTIAN *y* LORENZO.

LORENZO. ¡Sepamos qué es lo que quiere (*Entrando.*)
el diantre del viejo chocho!
Adios, Sebastian..... ¿no me hablas?

SEBASTIAN. Como he sufrido hace poco
insultos.....

LORENZO. Eso no es nada:
á veces yo me incomodo.....
(Voy á ver si con la astucia
puedo engañar este prógimo.)
Me precio de ser tu amigo,
ya que eres tan venturoso
que muy pronto dispondrás,
con admiracion de todos,
de una moza que no es fea
y de un caudal qne no es flojo.

SEBASTIAN. ¿Qué? ¿Ya no eres mi rival?

LORENZO. ¿Y lo has pensado? ¡Qué tonto!
Yo nunca quise á Jesusa:

solo iba buscando el momio;
(*Indicando que habla del dinero.*)
pero ella me ha hecho un desaire,
y yo soy muy orgulloso
para que insista despues
de recibir el sonrojo.
Lejos de eso, soy tu amigo,
y quiero ayudarte en todo
para lograr ser, si puedo,
siempre á complacerte pronto,
soltero, tu confidente,
casado, tu mayordomo.

SEBASTIAN. ¿Cómo dudar he podido
de tu amistad? Soy un bobo.

LORENZO. (Ya es mio.)

SEBASTIAN. Mas dime, ¿es cierto,
perdona si te interrogo,
que ya á la hermosa Jesusa
no quieres?

LORENZO. Ni por el forro.
(Aqui es donde yo te pesco,)
y de lo que mas me asombro,
esto sin que yo denigre
á tu adorado pimpollo,
es..... que te cases con ella.

SEBASTIAN. ¿Por qué, Lorenzo?

LORENZO. Supongo
que no dudarás un punto
de mi amistad, y si logro
convencerte, amigo mio,
llegó mi ventura al colmo.
¿No te arredras tú, Cepeda,
de lo que ese vulgo estólido
dirá de tí, que guiado
por el interés del oro,
desertas de tu partido,
te embarcas y vas á bordo
de los bienes nacionales
cruzando estrechos y golfos?

SEBASTIAN. Eso es moneda corriente;
ya no choca.

LORENZO. No me opongo.

SEBASTIAN. ¿Cómo no has de convenir

tú, que el año treinta y ocho
defendias el progreso
y luego fuiste furioso
moderado, y luego has dicho
en artículos de fondo,
absolbiendo la república,
que Marat fue filantrópico;
tú, que á un tiempo has redactado
la *Gaceta* y el *Piloto,*
y cuando en uno ensalzabas
al ministerio, en el otro
llenabas á los ministros
de ridículos apodos;
tú, refutador eterno
que con tan amargo tono
has contestado mil veces
á tus artículos propios?

LORENZO. Es exacto lo que dices,
nada en mi favor respondo.
¿Y qué quieres que haga un hombre
en este mundo tan bolo?
Si uno prosigue la senda
de la virtud ¡pobre pollo!
ni le conceden un premio
ni tan siquiera un elogio
para alentarle: al contrario,
si le ven pobre, andrajoso,
le califican de estúpido,
y aun de ridículo y loco;
de suerte, que en vez de dar
esplendor á su decoro,
se burlan del que está flaco
cuando pudiera estar gordo.
Si al revés, quiere ser rico,
cosa fácil que en un soplo
alcanza, si se persuade
que es la vergüenza un estorbo;
¡mira el apóstata, el pillo!
¡Qué falta de fé, qué oprobio!
¡Ayer estaba descalzo
y hoy se pasea en birlocho!
¡Ayer andaba en ayunas
y hoy refresca y come bollo!

¡Quién le viera con grillete
siendo de Melilla socio,
ó convidado á almorzar
cuatro ó seis onzas de plomo!!!
Ya ves, Sebastian, amigo,
que esto es vivir en un potro.
Si uno se vende, es un tuno:
si no se vende, es un tonto:
cuanto mas mengua el turron,
mas se aumentan los golosos;
y aquellos que no le quieren,
si algunos hay..... son muy pocos.

SEBASTIAN. En verdad que estás hablando
como hombre que tiene aplomo.

LORENZO. No lo hago por disculparme;
responder quiero tan solo
á la observacion que has hecho
cuando por tu bien abogo.
Ademas, mi mala fama
me autoriza para todo;
pero tú, que gozas hoy
la reputacion de probo,
puedes evitar un paso,
precursor de muchos otros.

SEBASTIAN. Por esa parte, mi amigo,
no debes quedar airoso,
pues harto conoce el mundo
que el amor lo arrastra todo.

LORENZO. Sí; mas ya que aun no desistes,
aunque á tus iras me espongo,
evitar quiero, Cepeda,
que caigas en un atollo.
¿Qué piensas de una muger
que al vuelo, de cualquier modo,
da sin fundado motivo
calabazas á su novio?
¡Á mí me cupo esa suerte;
á mí, que dentro del bolso
llevo trenzas de sus rizos
y billetes amorosos
en que me eleva á los cielos
con muchos tiernos piropos!....

SEBASTIAN. ¡Oh! ¿qué me dices, Lorenzo?

LORENZO. ¿Tú lo dudabas?
SEBASTIAN. Yo ignoro.....
pero en fin, y eso ¿qué indica?
Que has estado haciendo el oso.
LORENZO. Es decir, que no desistes.....
SEBASTIAN. Yo jamás.
LORENZO. Punto redondo.
Ya sabes tú en estos casos,
Sebastian, como me porto.
SEBASTIAN. ¿Serás capaz por ventura
de hacer un vil monopolio?
LORENZO. Seré capaz por vengarme
de descubrir mil embrollos.
Mira, doña Timotea
favorece tus antojos;
¡mas se ha de acordar de mí!
SEBASTIAN. ¿Vas á armar un alboroto?
LORENZO. Hace tiempo que la historia
de su juventud conozco,
y hoy he descubierto.....
SEBASTIAN. ¿Qué?
LORENZO. Todo el intríngulis.
SEBASTIAN. ¿Cómo?
LORENZO. Sé que es madre de Jesusa.
SEBASTIAN. Pero.....
LORENZO. Mi silencio rompo:
lo sabrá don Nicolás
y lo escucharán los sordos,
y lo imprimiré con letras
versales en el periódico.
SEBASTIAN. ¡Hombre!
LORENZO. De tu casamiento,
que me da tantos enojos,
ya que el secreto apeteces,
lo haré público y notorio,
pregonándolo en las calles
con los timbales y el bombo.
SEBASTIAN. En ese caso..... (*Enfadado.*)
LORENZO. Estas prendas
de Jesusa que atesoro
las venderé en el Martillo
al mejor postor.....
SEBASTIAN. ¡Qué oprobio!

¡Pero cá! No tengo miedo,
es un pueril desahogo;
ni tú tienes tales prendas.

LORENZO. Te las mostraré en un soplo.

(*Saca unos papeles, que Sebastian le arranca de la mano.*)

SEBASTIAN. Pues aunque las has tenido
ya no las tienes.

LORENZO. ¡Demonio!
¿Tú sabes el desenlace
de este drama?

SEBASTIAN. Me conformo.

LORENZO. La muerte, solo la muerte.

SEBASTIAN. Lo que dispongas adopto.

LORENZO. Pero no; tú no eres digno,
tú no tienes padres.

SEBASTIAN. ¿Qué oigo?
¿Persistes en esa idea?

LORENZO. Como cinco y tres son ocho.
Don Facundo es el raptor
que te sacó de Pancorbo;
de suerte que hoy no eres nadie,
careces de nombre propio;
te desprecio.

SEBASTIAN. ¡Ten, villano!
(*Le da una bofetada.*)
¿Y ahora te bates?

LORENZO. ¡Sí, pronto!!!
¡Esta, infeliz, es afrenta
que te ha de llevar al hoyo!
Yo queria no matarte;
mas has de morder el polvo.
¿Quieres guerra?..... ¡Guerra!

SEBASTIAN. ¡Guerra!

NICOLÁS. ¡Ya está Cabrera en Logroño!!! (*Entrando.*)

ESCENA VIII.

Dichos, DON NICOLÁS.

NICOLÁS. Adios, Lorenzo; estoy harto
de buscarte ¡voto á brios!

LORENZO. Y yo de usted ando en pos.

NICOLÁS. Pues venga usted á mi cuarto;
tenemos que hablar los dos.
(*Entra don Nicolás por la izquierda.*)
LORENZO. Mira cómo lo preparas. (*A Sebastian.*)
SEBASTIAN. Entre tanto, no quisiera
que á don Nicolás contaras.....
LORENZO. ¿No?..... digo..... que la madera
no está para hacer cucharas.
(*Entra al cuarto de don Nicolás haciendo señas de que va á vengarse.*)

ESCENA IX.

SEBASTIAN *y luego los que se dirán.*

¡Qué suerte mas desdichada;
no llego vivo al otoño.
Aqui espuesto á una estocada,
y si salgo bien..... no es nada.....
ya está Cabrera en Logroño.
Esto á mi Jesusa asegura
muy grandes, terribles males,
porque todos sus caudales,
segun la gente murmura,
son de bienes nacionales.
Que aunque hoy menosprecie el cobre,
si vencer Cabrera acierta,
puede que nada la sobre
y aun ha de verse la pobre
pidiendo de puerta en puerta.
Bien que esto no puede ser:
no diré que gaste coche;
mas yo sé lo he de hacer,
trabajaré dia y noche
para darla de comer.
Si en efecto don Facundo
su amor paternal me veda,
que ya mis recelos fundo,
tú eres, Jesusa, en el mundo
el solo bien que me queda.
Mas voy á ver ¡oh tormento!
si es esa historia verdad
ó forjó Lorenzo el cuento.

Yo sabré con brevedad
si tiene algun fundamento.....
La incertidumbre es dolor
que me está partiendo el alma;
(*Se pone el sombrero.*)
mas..... oigo gritos..... ¡qué horror!

NICOLÁS. ¡Ahora mismo! (*Dentro.*)

LORENZO. ¡No señor! (*Idem.*)

NICOLÁS. ¡Matarla! (*Idem.*)

LORENZO. ¡Tenga usted calma!

SEBASTIAN. Es que mi odioso rival
cometió alguna bajeza.

(*Don Nicolás sale en mangas de camisa, despechado, con la corbata torcida y hecho un loco, corriendo por el teatro.*)

NICOLÁS. ¡El Canal!

SEBASTIAN. ¡Oh!

LORENZO. Esto es fatal.

NICOLÁS. ¡Que me traigan el Canal
para echarme de cabeza!

TIMOTEA. ¡Nicolás!

NICOLÁS. ¡Calla!

SEBASTIAN. Yo espero.....

NICOLÁS. ¡Calle usted!

JESUSA. Me maravillo.

TIMOTEA. Que se ha vuelto loco infiero.

NICOLÁS. ¡Una pistola, un cuchillo!

SEBASTIAN. Oiga usted, hombre.....

NICOLÁS. ¡No quiero!

SEBASTIAN. Ya se arreglará.

NICOLÁS. ¡A estocadas!
¡Infame, infame! (*Corriendo á doña Timotea.*)

TIMOTEA. ¡Ay de mí!

JESUSA. ¡Fuego brotan sus miradas!

LORENZO. Vaya, me largo de aqui (*Yéndose.*)
por si acaso van mal dadas.

NICOLÁS. ¡Que no encuentre á mano un palo!
Ni con veinte muertes borro.....
¡Ay, ay!

JESUSA. ¿Se pone usted malo?

TIMOTEA. ¡Un cirujano! ¡Socorro!

(*Don Nicolás se mete en su cuarto y cierra la puerta.*)

Todo, todo se ha perdido;
en fiarme fuí una loca.

¡Sebastian nos ha vendido!

SEBASTIAN. No por cierto.

TIMOTEA. ¡Punto en boca!

SEBASTIAN. Ahora sí que me he lucido.

TIMOTEA. Contó usté á don Nicolás.....

SEBASTIAN. Yo..... no señora.

TIMOTEA. ¡Embustero!
Ande usted.

SEBASTIAN. ¡Yo no..... jamás!

TIMOTEA. Que á verle no vuelvan mas
mis ojos, mal caballero.
Yo castigaré su audacia.

(*Coge á Jesusa del brazo y se entran las dos en el cuarto, cerrando la puerta.*)

SEBASTIAN. ¡Tambien caigo de su gracia!
Pues señor.... ruede la bola.
Cuando viene una desgracia,
dicen que no viene sola.

(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON NICOLÁS *y* SEBASTIAN, *saliendo por la izquierda.*

NICOLÁS. Confieso que fue un delito;
yo volví, la suerte aciaga
quiso que á mi Timotea
moza soltera encontrara:
me casé con ella, infiel,
sin haberla dicho nada
de este secreto funesto
que asi me roba la calma.
Quizá tambien yo soy padre
sin saber cómo se llama,
ni si vive ó si no vive
el hijo de mis entrañas.

SEBASTIAN. Me deja usted aturdido
con esa historia tan larga.

NICOLÁS. Mire usted qué daño han hecho,
Cepeda, aquellas palabras
de reprension amistosa
que usted ha soltado; estaba
ya olvidado de aquel crímen
que el pecho me despedaza.
En el mas profundo olvido
tal delito descansaba,
y hoy lo ha despertado usted
y al mismo tiempo ¡oh desgracia!
todos los remordimientos
que van en pos de la infamia.

SEBASTIAN. Y no obstante, amigo mio,
usted á su esposa trata
con demasiado rigor.

NICOLÁS. Pues yo digo que no basta.

SEBASTIAN. ¿Pero no la ha hablado usted
desde ayer?
NICOLÁS. ¡Cómo! ¿yo hablarla?
SEBASTIAN. ¿Cómo han de poder ustedes
soportar las horas largas?....
NICOLÁS. Yo encerrado en mi despacho
y ella en su cuarto encerrada.
SEBASTIAN. Es preciso que eso acabe,
y yo le suplico.....
NICOLÁS. Gracias.
No quiero yo mediadores
en este negocio, nada.
SEBASTIAN. Con la mejor intencion,
á un amigo aconsejaba.....
NICOLÁS. ¿Le parece á usted posible
que una muger tan taimada,
que durante mucho tiempo
el secreto atroz guardaba
de mi deshonra..... que acaso
hace desde hoy la insensata
incompatible mi vida
con el dolor?
SEBASTIAN. ¡Vaya, vaya!
NICOLÁS. ¿Le parece usted, repito,
que no debo yo mandarla,
moderando mi coraje,
para siempre enhoramala?
SEBASTIAN. Todos somos pecadores.
NICOLÁS. Dice usted bien, cosa clara.
SEBASTIAN. Yo recuerdo lo de Cristo
porque usted lo sepa.
NICOLÁS. (¡Mandria!)
SEBASTIAN. «Si alguien la conciencia tiene
de entre vosotros sin mancha,
tire la primera piedra.»
NICOLÁS. ¡Oh, Cepeda! Usted me mata.
SEBASTIAN. Ademas, don Nicolás,
es cosa ya demostrada
que ante el Dios de la justicia
el que las hace las paga.
Aqui estoy yo, que no ha mucho
á Jesusa despreciaba
por su incierto nacimiento,

y luego en limpio se saca
que no tenemos entrambos
nada que echarnos en cara.
Yo me libraré muy bien
de volver á las andadas,
porque hoy de cobrar acabo
mucho miedo á la revancha.

NICOLÁS. Sin embargo, Cepedita,
su suerte me desagrada:
por Dios, ¡no se case usted!

SEBASTIAN. Seria ya cosa estraña
que yo me volviera atrás.

NICOLÁS. Ya verá lo que le pasa.
¡No se case usté!

SEBASTIAN. Imposible,
pues sin contar las ventajas
que yo alcanzo, que de fijo
esta boda es una ganga
para mí, que ya he resuelto
no volver mas á esa casa
en que he vivido hasta ahora.....

NICOLÁS. ¡No se case usted!

SEBASTIAN. La llama
me abrasa de amor.

NICOLÁS. Cepeda,
la muger es una plaga.
¡No se case usté! Ademas
¿cómo á usted no se le alcanza
que esa moza será pobre
dentro de pocas semanas?

SEBASTIAN. ¿Confía usted?....

NICOLÁS. ¿Si confio?
Pierda usted sus esperanzas,
porque ya que sé quien es
esa muger desdichada,
y hallándome protegido
por la Rusia y por el Austria,
voy á apresurar el golpe
que sus proyectos defrauda.
¡No se case usted!

SEBASTIAN. Yo juro
que aunque pobre se quedara
esa muger, no tendria

valor para abandonarla.
Estoy tan ciego por ella;
tiene para mí tal magia.....
Hoy mismo voy á batirme,
don Nicolás, por su causa.

NICOLÁS. ¿Por ella?

SEBASTIAN. Sí, y por usted
y por todos.

NICOLÁS. ¿Usted habla
con formalidad? ¿Con quién?

SEBASTIAN. Con Lorenzo.

NICOLÁS. ¡Gracias, gracias!
Lo apruebo: mátelo usted,
mátelo de una estocada,
que es entre todos los hombres
el hombre que mas me carga.
¿Y cuándo es el duelo?

SEBASTIAN. Dentro
de una media hora..... escasa.

NICOLÁS. ¡Quiera Dios que usted le sople
dentro del pecho una bala!
Un favor voy á pedirle
para desfogar mi rabia.

SEBASTIAN. ¿Cuál es?

NICOLÁS. ¿Tiene usted padrino?
Que si no, ya estoy en danza.

SEBASTIAN. Sí señor, todo está pronto.

NICOLÁS. No importa: quiero que caiga
delante de mí el perverso;
quiero ir con usted.

SEBASTIAN. ¡Qué audacia!

NICOLÁS. Abur.

SEBASTIAN. ¿A dónde va usted?

NICOLÁS. Voy á la casa inmediata
donde guardan mis pistolas,
que quiero traer cargadas
para ir con usted al campo
á presenciar la batalla. (*Vase.*)

ESCENA II.

SEBASTIAN *solo, despues* LORENZO.

Ya que á doña Timotea
de su yerro convencí
logrando que vuelva á ser
mi apoyo ¡voto á Cain!
otra vez por mis pecados
veo mi suerte en un tris,
segun las nuevas fatales
de ese viejo berberí.
¡Si se me ocurriera un medio
sencillo de destruir
el plan que don Nicolás
guarda dentro del magin!
Ello es malo que lo intenten,
que puede asi como asi
parar en revolucion
lo que empezó por motin.
¡Y yo que antes suspiraba
y aun traté de combatir
en favor del estupendo
conde de Montemolin!....

LORENZO. Compadre, cuando usted quiera.
(*Asomándose por el fondo.*)

SEBASTIAN. Cuando usted guste: por mí.....

LORENZO. Yo ya voy andando.

SEBASTIAN. Y yo
no he de tardar en partir,
que estoy el coche esperando.....

LORENZO. (Para marchar á la lid
es necesario ir en coche.
¡Válgame Dios qué pais!!!)
Que no tardemos en vernos.

SEBASTIAN. ¿Dónde?

LORENZO. Fuera de Madrid,
entre la fuente y la cuesta,
camino de Chamartin. (*Vase.*)

SEBASTIAN. ¡Bien, bien! Pero no, ¡mal, mal!
¡Infame chisgaravis,
cuánto daria yo ahora

por ser un espadachin!....
Mas no heredé, francamente,
todo el arrojo del Cid.
Esta mañana sentia
yo no sé qué ardor febril,
que hasta Bernardo del Carpio
me parecia un pipí.
Pero á medida que siento
aproximarse mi fin,
veo que se va calmando
aquel atroz frenesí.
Porque esto de ir al sepulcro
de la vida en el abril,
como puede suceder,
á manos de un galopin,
cuando quizá de la dicha
me encontraba en el zenít,
llena el alma de esperanzas
amado de un serafin.....
y todo ¿por qué?.... por nada,
por una cosa pueril.
Esto me da mucha pena.
¡Ahi es un grano de anís!
Si llego á ver que Lorenzo
mirándome de perfil
me apunta donde haga daño
como por ejemplo..... aqui.
(*Señalando la frente.*)
¡Gran Dios!.... y aunque nunca ha sido
mi profesion combatir,
y aunque en las armas no entiendo
lo que el mas malo aprendiz.....
preciso es echarla un hombre
de esforzado paladin.
Digo, y si no me pondrian
como hoja de peregil,
y Jesusa avergonzada
quizá me negara el sí,
y el pícaro de Lorenzo
vendrá á coger el botin,
haciendo, que es lo que él quiere,
una boda mercantil,
mientras yo paso mis dias

en algun zaquizamí.
En efecto, no es prudente
que yo humille la cerviz:
morir debo con honor
ó con orgullo vivir.

ESCENA III.

SEBASTIAN *y* DOÑA TIMOTEA, *que sale por la derecha.*

TIMOTEA. ¡Oh qué destino horroroso!
¡Cuánto el dolor me devora!
SEBASTIAN. No se queje usted, señora,
que hasta el fin nadie es dichoso.
TIMOTEA. Hasta que yo feliz sea,
si Dios quiere darme el cielo,
solo me resta un consuelo.
SEBASTIAN. ¿Cuál es, doña Timotea?
TIMOTEA. Para la calma alcanzar
y que el dolor no me aflija,
solo espero ¡ay! que mi hija
sea de usté ante el altar.
SEBASTIAN. De esa ventura ando en pos,
se lo juro satisfecho,
y délo usted ya por hecho
si no me abandona Dios.
Yo la adoro por quien es,
y este afecto no se enfria;
ya ve usted que no me guia
la pasion del interés.
Porque sé bien, francamente,
que si la Jesusa hermosa
es hoy rica y poderosa
puede ser pronto indigente.
TIMOTEA. ¿Qué dice usté?
SEBASTIAN. Está á la vista;
mas no soy tan indiscreto.....
TIMOTEA. (¡Ay! este sabe el secreto
de la carta: ¡Dios me asista!)
Bien está, don Sebastian;
le ruego por Dios eterno
que no esquive el ser mi yerno:

este es mi constante afan.

SEBASTIAN. Su mala suerte no embrolla
mi amor; yo sabré insistir
aunque tenga que decir:
«contigo pan y cebolla.»

TIMOTEA. Por mi Jesusa no cuento
que sufra suerte tan seria:
¿podrá probar la miseria
siendo su esposo opulento?

SEBASTIAN. ¿Eh?..... ¿Qué es eso? ¿Yo soy rico?

TIMOTEA. (Pues veo que nada sabe:
mi imprudencia es harto grave.)
Porque usted..... (¿cómo lo esplico?)
Es usted tan ilustrado.....

SEBASTIAN. (Una dedada de miel.....
¿Si será que aquel papel
encierra?..... Por de contado.
Veré si con el embuste
saco la verdad.)

TIMOTEA. Decia.....

SEBASTIAN. Es claro, señora mia:
sin embargo, no se asuste.
Yo soy un amante fiel
y lo seré eternamente,
aunque estoy muy al corriente
de lo que dice el papel.

TIMOTEA. (Pues lo sabe..... ¡Esta es mas negra!)

SEBASTIAN. Y creo en mi amor profundo
que usted ha traido al mundo
la mision de ser mi suegra.

TIMOTEA. (Yo que le juzgué avariento,
y en ser mi yerno consiente.)
¿Con que usted no se arrepiente?
Preste usted un juramento.

SEBASTIAN. Pues bien, seré su marido:
yo lo juro como soy.....
mas ¿qué nombre á decir voy
si aun ignoro mi apellido?

TIMOTEA. (¿Lo ignora?..... Mi dicha labra:
fingir por saber procura.....
Ahora ya estoy bien segura
que no sabe una palabra.)

SEBASTIAN. Usted está ya enterada

de lo que dice el papel.

TIMOTEA. Pero usted sabe que en él,
respecto de usted, no hay nada;
(Ya noto su confusion.)

SEBASTIAN. (No hay nada..... estoy aviado;
ahora veo que he sacado
lo que el negro en el sermon.)
Sí..... pero asi como asi,
sabe usted bien que su chica
será pobre ó será rica,
lo cual depende de mí.

TIMOTEA. (Otra vez estoy confusa;)
aunque importuna me crea,
¿qué hará usted para que sea
rica ó pobre mi Jesusa?

SEBASTIAN. (Ya estoy en otro pantano.)

TIMOTEA. (¡Bravo! Vuelve á enmudecer.)

SEBASTIAN. (Pues no sé qué responder
como no cante de plano.)
¡Yo..... pues!.... á tristes escesos
ayudar ó no ayudar;
dejar correr ó cortar
el hilo de los sucesos.
(Me encuentro en un trance crítico.)

TIMOTEA. (Ya estoy fuera de cuidado;
el hombre se ha deslizado
por el sendero político.)
Pero tambien es muy cierto
que eso á mí no me contrista,
porque á la causa carlista,
como usted conoce, ha muerto.

SEBASTIAN. No asi tan fácil se trunca
el plan combinado..... y mas
estando don Nicolás
hoy mas furioso que nunca.
Como se ha armado este cisco....

TIMOTEA. ¿Tanta cólera atesora?

SEBASTIAN. Está hecho un diablo, señora.

TIMOTEA. ¡Una sierpe!

SEBASTIAN. Un basilisco.

TIMOTEA. ¡Cuánto han de llorar mis ojos
de mi esposo el justo tedio!
Mas..... ¿no sabrá usté un remedio

para aplacar sus enojos?

SEBASTIAN. Lo sé.... y es bien eficaz.

TIMOTEA. ¿Cierto? Tenga usted clemencia;
es usted mi Providencia,
torne á mi casa la paz.

SEBASTIAN. Él es criminal, señora,

TIMOTEA. ¿Qué? ¿Criminal? ¡Qué capricho!

SEBASTIAN. Criminal, lo dicho dicho,

TIMOTEA. Escucharlo me encocora.
¡Criminal! Linda merced
siendo mi esposo..... ¡No hay tal!

SEBASTIAN. Quiero decir..... criminal
por el estilo de usted.

TIMOTEA. ¿Qué he escuchado de su boca?
¿Si tendrá alguna querida?
¡Yo voy á perder la vida
como no me vuelva loca! (*Llora.*)

SEBASTIAN. ¡Cómo se enfada! Esto es bueno;
muy bien el refran encaja,
que todos vemos la paja
no mas en el ojo ageno.

TIMOTEA. ¡Mi dicha fue transitoria!

SEBASTIAN. Calma, señora, y prudencia,
que si usted tiene paciencia
diré dos por tres la historia.

TIMOTEA. ¡Ah! Que esos datos me apoyen,

SEBASTIAN. Como hace la gente ducha,
(Observando por todos lados.)
quiero ver si alguien escucha,
porque las paredes oyen.

TIMOTEA. Quizá alguna tontería.

SEBASTIAN. Me ha dicho..... no es cosa insulsa,
(*Con misterio.*)
que recibió una repulsa
cuando á usted la pretendia.

TIMOTEA. Adelante.

SEBASTIAN. El pobre amante,
viéndose tan desgraciado,
sentó plaza de soldado.

TIMOTEA. Tambien es cierto: adelante.

SEBASTIAN. En su incesante dolor
quiso, afligido, tentar
el remedio de olvidar

un amor con otro amor.

TIMOTEA. ¡Con que otro amor! ¡Insensato! (*Llora.*)
¡Qué necia he sido en creerle!
¡Y dirá cualquiera al verle
que en su vida ha roto un plato!!!

SEBASTIAN. Mas preso en amante red,
dice con ingenuidad
que en honor de la verdad
no pudo olvidar á usted.
Un dia.....

TIMOTEA. Yo me hago cruces:
lleve el diablo, y no en coche.....

SEBASTIAN. O casi, casi una noche,
es decir, entre dos luces.....

TIMOTEA. Hora de mi perdicion,
ocasion de mi tormento.

SEBASTIAN. Llegó con su regimiento
al pueblo de Villalon.....

TIMOTEA. ¿A Villalon?..... Pierdo el seso;
júreme usted que no miente.
¿A Villalon?

SEBASTIAN. Justamente,
donde se fabrica el queso.

TIMOTEA. Esto me saca de quicio,
¡Nicolas, Jesusa!.... ¡Ven! (*Gritando.*)

SEBASTIAN. ¡Válgame Dios que belen!

TIMOTEA. Yo voy á perder el juicio:
siga usted por compasion
lo que falta.

SEBASTIAN. Es poco mas:
que estando don Nicolás,
como digo, en Villalon,
le dieron casa, encontróla,
y alli, violento y ladino.....

TIMOTEA. Sí, sí, todo lo adivino,
encontró una jóven sola,
y.....

SEBASTIAN. Pues.

TIMOTEA. ¡Jesusa, hija mia!!!
(*Saliendo por el fondo, vase.*)

SEBASTIAN. Un nuevo misterio..... ¡Aprieta!
¡Qué laberinto de Creta!
Santo Dios ¡qué algarabía!

ESCENA IV.

SEBASTIAN *solo.*

SEBASTIAN. ¡Bravo! Ya no hay paciencia:
ahora no falta mas..... como lo veo,
que yo haya cometido otra imprudencia,
vuelva don Nicolás y ande el jaleo;
porque el diablo no cesa.....
y si llega á venir doña Teresa
con sus exhortaciones y conjuros,
trayendo preparado un testimonio,
por el cual se me obligue á dar mil duros
ó á cargar con la cruz de un matrimonio.....
tan pesado..... Mas no, yo me prometo,
por mal camino que á mi suerte quepa,
antes que esa fatal muger lo sepa
casarme aqui en secreto.
Nadie mi decision sabe..... ¡Oh ventura!
Mas ¡ay! que me equivoco,
pues Lorenzo lo sabe, y es tan loco,
que temo por quien soy una diablura.
¿Por qué yo se lo dije? Ya me pesa:
no obstante, ahora recuerdo, buena es esa;
ya el sueño no me quita
que ni él trata ni sabe dónde habita
la tal doña Teresa.

ESCENA V.

SEBASTIAN, DOÑA TIMOTEA *y* JESUSA, *que vienen abrazadas por la puerta del fondo.*

SEBASTIAN. ¡Hola! Ya vuelven juntas hija y madre.
TIMOTEA. Sí, sí, Jesusa: mi ventura infiero.
JESUSA. ¡Válgame Dios! ¡Don Nicolás mi padre!
SEBASTIAN. ¡Cómo!..... ¿Don Nicolás?.... ¡Anda, salero!
TIMOTEA. El placer en el pecho me retoza.
JESUSA. ¡Dios poderoso!
TIMOTEA. Sebastian.
SEBASTIAN. (¡Qué maula!)

déjeme usté escribir á Zaragoza
que nos pongan á todos una jaula.

TIMOTEA. Lo que oye usted.

SEBASTIAN. Me tienen abu...

TIMOTEA. Ese lance que usted me ha referido.....

SEBASTIAN. Ya entiendo ¡caracoles!
Tiene cuatro bemoles.....

TIMOTEA. Sí señor, algo mas.

SEBASTIAN. Y un sostenido.

TIMOTEA. Y en tanto tiempo ha estado,
qué cosa mas estraña,
oculto entre los dos.

SEBASTIAN. Cosas de España.

JESUSA. ¿Y cómo se ha logrado
saber en este dia?.....

SEBASTIAN. Es fácil comprenderlo, amiga mia,
de esta madeja recogiese el hilo
cada cual revelando su secreto,
cada cual imponiéndose el sigilo,
cada cual contestando: lo prometo.
Y como es de inferir de estos asuntos,
usted y yo..... y Lorenzo..... y todos juntos,
y toda la caterva
que prefiere el garrote á la reserva,
somos tan vocingleros, tan atroces,
que hemos venido á hacer secreto á voces.

TIMOTEA. Yo el efecto impensado he bendecido
de tanta indiscrecion, que al fin ha sido
la base de esa calma
que en mis ruegos á Dios tanto he pedido
y desde hoy va á gozar tranquila el alma.
Sí, voy á disfrutar dulce reposo
al lado de vosotros sin quebranto:
vosotros, que sereis mi dulce encanto
y la delicia de mi amado esposo.

JESUSA. ¡Oh, madre mia! Para tal ventura
fuerza le falta al corazon sensible
que sufre en el placer y la amargura
con el mismo dolor.

TIMOTEA. Y si es posible,
que dejeis en el mundo una memoria
del placentero fin de mi secreto
enriqueciendo el cuadro de esta historia;

si, lo que es mi ilusion, me dais un nieto.....
todas ¡oh! todas las delicias mias
en ese porvenir risueño fundo
para los pocos dias
que me resta vivir en este mundo.
Quiera Dios que este afan no se destruya.
¡Hija mia! (*La abraza.*)

NICOLÁS. ¡Hija mia!.... ¡Punto en boca!
(*Incomodado viene con una pistola en cada mano.*)

TIMOTEA. ¡Sí, Nicolas, mi hija y tambien tuya!....

NICOLÁS. Yo renuncio la parte que me toca.

ESCENA VI.

DOÑA TIMOTEA, JESUSA, SEBASTIAN *y* DON NICOLÁS.

SEBASTIAN. Don Nicolás.....

NICOLÁS. No hay tu tia: (*Monta las pistolas.*)
¡muere muger del infierno!
(*Apuntando sucesivamente á todos los que estan en escena, que huyen por el teatro.*)

JESUSA. ¡Por Dios, señor!

NICOLÁS. ¡Quite usted!

SEBASTIAN. Es preciso tener seso,
Don Nicolás.

NICOLÁS. ¡Atrás todos,
ó pego un tiro al primero
que se acerque!

TIMOTEA. ¡Suerte infausta!
Solo una cosa te ruego,
Nicolás.

NICOLÁS. No me acomoda.

TIMOTEA. Mátame; pero te advierto,
Nicolás, que si me matas
te darán garrote.

NICOLÁS. ¡Cielos!
¿Será verdad que me den
garrote?

SEBASTIAN. Por el pescuezo.

NICOLÁS. Entonces ya no te mato;
pero..... no..... ¿qué titubeo?
Has de morir, Timotea,

has de morir sin remedio;
solo te resta un minuto
para que reces el credo.

JESUSA. Por Dios.

NICOLÁS. Ya basta de súplica.

SEBASTIAN. Oiga usted antes.

NICOLÁS. ¡Silencio,
ó al primero que me chiste
le envio á dar un paseo
al otro mundo!

TIMOTEA. ¡Dios justo!

NICOLÁS. Confiésate.

TIMOTEA. Me confieso;
y quiera Dios que te ablande
la verdad de mis acentos.
Siendo yo jóven y hermosa.....

NICOLÁS. Demasiado bien me acuerdo;
¡aunque tanto no lo fueras!

TIMOTEA. Tuve un amante que luego
fue mi marido.

NICOLÁS. ¡Aunque nunca
lo fuera! Ya me arrepiento. (*Llorando.*)

TIMOTEA. Mi padre le detestaba
y le despidió.

NICOLÁS. ¡El camueso!

TIMOTEA. Entonces me puse enferma.

NICOLÁS. De gozo.....

TIMOTEA. De sentimiento,
y por pronta providencia
me recetaron los médicos
el ir á tomar los baños.
Mis padres obedecieron,
y me mandaron, pensando
que era eficaz el remedio
al pueblo de Villalon.

(*Don Nicolás deja caer la pistola al oir el nombre de este pueblo.*)

NICOLÁS. ¿Qué escucho, muger?

TIMOTEA. ¿Qué es eso?

NICOLÁS. ¿Hace mucho?

TIMOTEA. El año treinta:
era en el mes de febrero.

NICOLÁS. ¡No sé qué tengo, me da.

una convulsion de nervios!

TIMOTEA. Una tarde.

NICOLÁS. ¿Qué?

TIMOTEA. Bien tarde,
que estaba ya anocheciendo.

NICOLÁS. ¡Acaba!

TIMOTEA. Llegó á mi casa
un vil soldado, un perverso.

NICOLÁS. ¡Ay, ay!

SEBASTIAN. La historia de usted,
don Nicolás.

NICOLÁS. Yo me muero
de gozo, sí.....

TIMOTEA. Aquel soldado.....

NICOLÁS. ¡Era yo! Feroz, violento, (*La abraza.*)
hallé una muger que estaba
indefensa, lo comprendo,
y esa muger.....

TIMOTEA. ¡Era yo! (*Abraza á don Nicolás.*)
Pasado muy poco tiempo
quiso brindarnos la suerte
con un fruto.

NICOLÁS. Ya lo entiendo:
una niña, y esta niña.....

JESUSA. ¡Era yo! (*Abraza á sus padres.*)

SEBASTIAN. Que en mi concepto
vino á este pícaro mundo
con una mision del cielo,
la mision de dar á ustedes
para la vejez por yerno
un jóven.

NICOLÁS. Sí, y este jóven.....

SEBASTIAN. ¡Era yo!

NICOLÁS. Todo lo veo:
mira, hoy comeis con nosotros
tú y Jesusa, mi embeleso.
Muger, pon buena comida,
que haya sopa de fideos,
y para postre jamon
con arroz y gallo muerto.
Cangrejos; pero ¿qué digo?
Timotea, no por cierto:
ya estoy cansado de andar

al paso de los cangrejos.

SEBASTIAN. Sea muy enhorabuena.

NICOLÁS. Sí, de mis planes reniego:
¡conspirar contra mi hija
seria ya un sacrilegio!
Ademas, que no quitando
pasion el conocimiento,
las miras de los carlistas
son horribles en estremo.
¡Traernos el santo oficio
con sus infames tormentos!
¡Dar sin compasion la muerte
á los niños y á los viejos!
¡Robar á mi hija sus bienes
que le han costado el dinero!!!
Eso no lo manda Dios
por mas que lo digan ellos.
Es preciso destruir
sus diabólicos proyectos
diciendo viva la pepa
y los derechos del pueblo.

SEBASTIAN. ¡Hola!

NICOLÁS. Sí, desde este dia
soy mas liberal que Riego.

SEBASTIAN. ¿Con que es verdad que usted quiere (*A Jesusa.*)
satisfacer mis deseos?

JESUSA. Lo que yo puedo decir
es que á Lorenzo aborrezco
por sus maldades.

NICOLÁS. Muger,
(*A doña Timotea aparte.*)
enséñame el documento.

(*Se retiran al otro lado del teatro: don Nicolás lee un papel que doña Timotea le entrega, haciendo mil aspamentos.*)

SEBASTIAN. Eso no basta, Jesusa: (*A Jesusa.*)
yo anhelo mas; yo apetezco
una respuesta halagüeña.

JESUSA. Puede usté esperar al menos.....

SEBASTIAN. ¡Esperar y nada mas!

NICOLÁS. ¡Lo estoy viendo y no lo creo!

TIMOTEA. (Por eso es muy conveniente
que se case antes.)

NICOLÁS. Convengo,

que puede llamarse andana.

TIMOTEA. Dame el papel, porque quiero
que le conserve Jesusa.

NICOLÁS. ¿Con que este jóven, infiero,
que es hijo del que á Jesusa
crió en su casa?

TIMOTEA. En efecto.

NICOLÁS. ¡Qué rara casualidad!
Es preciso que al momento,
se den la mano de esposos,
y asi no tendremos pleitos;
que todo se quede en casa.
Mas..... si despacio lo observo,
¿no pudieran engañarme
las apariencias?

TIMOTEA. ¿Qué es eso?

NICOLÁS. Digo que he sido muy dócil
en creer..... si fuera un cuento
tu confesion.....

TIMOTEA. ¡Disparate!

NICOLÁS. ¡Oh! tienes tú mucho ingenio.
Dame una prueba infalible
de que el quince de febrero
de mil ochocientos treinta
estabas.....

TIMOTEA. Yo no la tengo.
Pero ¿no basta?....

NICOLÁS. No basta....
porque el asunto es muy serio.

ESCENA VII.

Dichos, DON LORENZO.

NICOLÁS. El corazon se estremece
siempre que el cantar recuerdo
«cásate y tendrás muger
y vivirás lindamente.»

LORENZO. Llegarás á coronel
(*Entra cantando.*)
sin haber sido teniente.

NICOLÁS. ¡Ay! ¡Qué horror!

TIMOTEA. ¡Fortuna impía

LORENZO. ¿En qué quedamos?
NICOLÁS. No es tarde.
LORENZO. Don Sebastian, yo le hacia
menos cobarde.
SEBASTIAN. ¡Cobarde!
Injurias quiero mayores
si una bala no le zampo.
TIMOTEA. ¿Pero qué es esto, señores?
SEBASTIAN. ¡Al campo!
NICOLÁS. ¡Vamos al campo!!
JESUSA. ¡Desafío!
TIMOTEA. ¡Qué tormento!
SEBASTIAN. No sufro ningun reproche.
(*Se oye ruido de un carruaje.*)
NICOLÁS. Ea, vamos al momento,
que ya está á la puerta el coche.
LORENZO. Señoras, al Dios clemente
recen, que será oportuno,
pues de los dos combatientes
no debe volver mas que uno. (*Vánse.*)
TIMOTEA. ¿Uno solo? ¡Santo Dios!
Ya lo veremos despues.
JESUSA. ¡Ay! ¿Si morirán los dos?
(*Cae como desmayada sobre un sillon.*)
TIMOTEA. Puede que mueran los tres. (*Idem al otro lado.*)
Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

(DOÑA TIMOTEA *sentada apoyando la cabeza sobre la mano como abrumada de sentimiento. Jesusa asomándose al balcon.*)

TIMOTEA. Solo esta idea me embarga,
y vaticino muy mal
de la pistola fatal;
dicen que el diablo las carga.....
Que una desgracia suceda
recelo en estos percances,
pues es nuevo en tales lances,
y tal vez..... ¡pobre Cepeda!

JESUSA. ¡Qué es lo que pasa, Dios mio!
¡Quedó en el campo quizás!

TIMOTEA. ¿Qué has visto?

JESUSA. Don Nicolás
vuelve ya del desafío.

TIMOTEA. ¿Quién este golpe resiste?
¿Vuelve solo? ¡Qué dolor!

JESUSA. Y no es eso lo peor,
sino que viene muy triste.

TIMOTEA. Mi contento desbarata.

JESUSA. ¡Qué desgracia, madre mia!

TIMOTEA. Maldigo la suerte impía
que con tal rigor me trata.

ESCENA II.

Dichas y DON NICOLÁS.

NICOLÁS. ¡Ay, ay, Timotea! (*Entrando muy afligido.*)

TIMOTEA. ¿Ha muerto?

JESUSA. Qué desgracia, ¡santo Dios!

TIMOTEA. Siempre lo tuve por cierto.

NICOLÁS. Os equivocais las dos.
TIMOTEA ¿Pues qué es lo que hay?
NICOLÁS. ¿Qué ha de haber?
¿Qué quieres que haya, muger?....
Que vayan en un segundo
por un poco de potasa,
¡pues ya sabe todo el mundo
que Cepedita se casa!!!
TIMOTEA. ¿Que tanto se ha difundido?
NICOLÁS. No lo alcanzarán ustedes:
¡Lorenzo se ha entretenido
en ponerlo en las paredes!!
TIMOTEA. ¿Pero habrá sido tan loco?....
NICOLÁS. Todo lo que diga es poco,
pues desde el sud hasta el norte
de Madrid.....
TIMOTEA. ¿Qué es lo que pasa?
NICOLÁS. ¡Ya sabe toda la corte
que Cepedita se casa!!!
Veníamos como gamos
yo y Sebastian de la lid,
y muy contentos entramos
por otra puerta en Madrid;
cuando ví en el Saladero
un letrero, ¡qué letrero!
con cada letra, hija mia,
como un cántaro sin asa!!
TIMOTEA. ¡Santo Dios! ¿Y qué decia?
NICOLÁS. ¡Que Cepedita se casa!!!
Esto nos dió mala espina;
pero hemos visto despues
un letrero en cada esquina,
¡y en algunas dos ó tres!
TIMOTEA. ¿Dos ó tres? ¡Qué hombre tan tuno!
JESUSA. ¿Y qué dice en cada uno?
NICOLÁS. Ahi está el maquiavelismo,
que el corazon me traspasa.
¡En todos dice lo mismo!
¡Qué Cepedita se casa!!!
Y no es solo ese el trabajo.
que en tal diablura distingo
sino que ha puesto debajo
TIMOTEA. ¿Qué ha puesto?

NICOLÁS. ¡Para el domingo!!!
TIMOTEA. A castigar su cinismo
estoy dispuesta, hija mia;
vístete, porque ahora mismo
vamos á la vicaría.
(*Vase Jesusa por la izquierda.*)

ESCENA III.

TIMOTEA *y* NICOLÁS.

TIMOTEA. Y habrá sido un collonazo
en la lid el avestruz;
por eso yo, Nicolás,
no tuve grande inquietud.
NICOLÁS. No tienen que echarse en cara
nada los dos.
TIMOTEA. ¡Ay Jesus!
¿Posible es que Sebastian
carezca de la virtud,
del valor? ¡Ah, cuando venga
le pondré de oro y azul!....
NICOLÁS. El lance ha sido gracioso;
te juro por mi salud,
que es tan raro lo que he visto
que lo estoy dudando aun.
TIMOTEA. Cuéntame los pormenores.
NICOLÁS. Oye, y sabrás el non plus
de los ridículos lances;
pero de tal magnitud,
que no hay otro en las historias
de Mariana y de Segur.
TIMOTEA. ¿Con qué es cobarde Lorenzo?
¡Qué inverosimilitud!
NICOLÁS. Cuando iban los dos rivales,
aunque á jugar un albur,
creí ver la vera efigie
de Cain y de Saul,
que aunque en materia de esgrima,
ninguno sabe la Q,
parecia en sus palabras,
vertidas con acritud,
que ambos llevaban la sangre

tan negra como el betun.
Pero al contemplar del caso
la aciaga vicisitud.....
se quedaron tamañitos
como el general Tom-Pus.
Yo observaba á Sebastian
con un canguelo, con un.....
¡qué diablo! con mucho miedo
de decir al mundo «abur.»
Llamé, pues, á los padrinos,
vinieron con prontitud,
y les dije: ea, señores,
este asunto no es ningun
lance que pida la muerte.
Para obrar con rectitud
debemos cargar sin bala,
como hacen por lo comun,
no quiera Dios que tengamos
alguna de Belcebú.
Dicho y hecho, echamos pólvora
en las pistolas, y ¡sus!
Pero al ver los combatientes
tirar á cara ó á cruz,
cogieron ambos el arma
con un temblor ¡tururú!
como si cada pistola
se volviera un arcabuz.
Entonces dió algunos pasos
Lorenzo con lentitud
hácia adelante, y estaba
tan pálido, que segun
todas las muestras, creimos
que iba á darle un patatús;
y pensando que las armas
estaban cargadas, ¡puf!
escucha tú lo que dijo
con mucha solicitud.
¿Es posible que nosotros
por un simple *calembourg*
nos matemos siendo amigos?
¡Ah! Yo confio en que tú
no serás tan tiburon
ni yo seré tan atún.

Sebastian, que en esta crísis
descubrió un rayo de luz,
contestó: ¿qué te parece?
dando un abrazo al gandul.
Yo les amagaba á entrambos;
pero por mas que hice el *bú*,
no quisieron esponer
su preciosa juventud,
que al que no quiere quimeras,
aunque le afufen, no hay mus.
En esto de echar fanfarria
los dos valen un Perú;
mas descargar las pistolas
para romperse el testuz
no les gusta, y te aseguro
que tan solo hicieron ¡pum!
(*Apuntando con el baston.*)
estando el uno en Sevilla
y el otro en Calatayud.

TIMOTEA. ¿Quién sabe? Puede que fueran
entrambos de mancomun.....

NICOLÁS. Y aun tuve yo que cuadrarme,
con imponente actitud,
para evitar que del brazo
se fueran al ambigú.

TIMOTEA. Se conoce que no gustan
de entrar en el ataud.

NICOLÁS. Vinimos, pues, separados
del insolente abedul,
cuando por nuestra desdicha
oimos cierto rum, rum
acerca del matrimonio
de Cepeda: este al trasluz
de la gente vió el letrero
susodicho, y ¡cataplum!
se hizo rápido á la vela
por entre la multitud
con viento tan favorable,
que si no ha tenido algun
naufragio en la travesía
debe estar ya en Veracruz.

ESCENA IV.

Dichos y SEBASTIAN.

TIMOTEA. Hombre, ¿quién sabe? Tal vez
andará buscando modos.....
NICOLÁS. Mírale.
SEBASTIAN. Acá estamos todos.
NICOLÁS. ¿Dónde fuiste?
SEBASTIAN. A ver al juez,
que hoy los impulsos no venzo
lícitos para vengarme:
por eso he estado á quejarme
de la infamia de Lorenzo.
NICOLÁS. Apruebo que andes tan listo.
SEBASTIAN. ¡Digo y que el juez está flojo!....
si no contiene su enojo
va á haber la de Dios es Cristo.
NICOLÁS. ¡Hola!
SEBASTIAN. Lorenzo soez
un golpe de dar acaba
sabiendo que se casaba
la señorita del juez,
que á toda la casa agobia,
porque es golpe decisivo,
y todo sin mas motivo
que porque ha sido su novia.....
NICOLÁS. A ver cómo economizas.....
SEBASTIAN. El caso es que el dromedario
dicen que hoy en su *Diario*
pone este anuncio:=Nodrizas.
NICOLÁS. Será justo que le soben.
¡Qué lástima de fusil!
TIMOTEA. ¡Con qué venganza tan vil
ha deshonrado á la jóven!
SEBASTIAN. No es á la jóven ¡pardiez!
TIMOTEA. ¿Qué escucho? ¿Pone á la madre?
SEBASTIAN. No tal.
NICOLÁS. ¿Pues á quién?
SEBASTIAN. ¡Al padre!
NICOLÁS. ¡Qué demonio!
SEBASTIAN. ¡Al mismo juez!!

NICOLÁS. Quisiera volverme sordo.
SEBASTIAN. Es una chanza insolente
que usa contra don Clemente
para decir que está gordo.
Y añade lo que se llama
el insulto á la chacota,
«que hay gentes de mala nota
que abonen su mala fama.»
NICOLÁS. Dos minutos no viviera
ese pícaro bribon
si semejante alusion
contra mí se permitiera.
SEBASTIAN. Tambien contra usted hay algo,
que entre la turba infinita
de mala nota.....
NICOLÁS. ¿Qué?
SEBASTIAN. Cita
á don Nicolás Hidalgo.
¿Le conoce usted?
NICOLÁS. ¡Qué instinto!
¡Infame! Le he de matar;
pero..... no quiero pecar
contra el mandamiento quinto.
TIMOTEA. El lance ha sido muy raro.
NICOLÁS. Tal vez no será el postrero.
SEBASTIAN. Mas por esta vez infiero
que ha de costarle muy caro.
Pues en cuanto yo llegué
y espuse mi comision,
fue tanta la irritacion
del señor juez, que pensé
que aun iba á pegar conmigo;
pero tendióme la mano,
y dijo con tono ufano:
«Vaya usted con Dios, amigo:
que si él no prueba mi saña
por sus proezas feroces,
puede usted decir á voces
que no hay justicia en España.»
TIMOTEA. Que pene quien tanto abusa
con infame proceder;
pero ¡calla! voy á ver
si está vestida Jesusa.

Y..... yo tambien..... ¡qué alegría!
puede usted estar contento, *(A Sebastian.)*
que en este mismo momento
vamos á la vicaría. *(Vase á ver á Jesusa.)*

ESCENA V.

DON NICOLAS *y* SEBASTIAN.

SEBASTIAN. ¿Con que ahora mismo marchamos?
NICOLÁS. Ahora mismo, Sebastian.
SEBASTIAN. ¿Y cuándo la boda?
NICOLÁS. ¿Cuándo?
¡Mañana soy tu papá!
Veras qué felices somos,
que en mí un amigo tendrás.
SEBASTIAN. Nadie mas que yo desea
tan alta felicidad.
NICOLÁS. Ya lo creo, no eres tonto;
como que vas á llevar
una moza..... digo, digo,
con un dote que ¡ya, ya!
SEBASTIAN. Sin embargo, no hace aun
tres horas, don Nicolás,
que por esa dote pingüe
no hubiera usted dado un real.
NICOLÁS. Es que han variado las cosas
desde entonces: ya no habrá
que temer las intentonas
del bando inquisitorial.
SEBASTIAN. ¿Tiene usted buenas noticias?
NICOLÁS. Buen amigo, ya sabrás
como las tres aliadas
acaban de celebrar
un famoso protocolo,
y para el lunes quizás
se habrán del todo arreglado
las cosas de Portugal.
Francia, España y la Inglaterra
se dice que intervendrán;
el señor conde Das-Antas
tendrá que capitular,
y á la larga ó á la corta

volverá Costa-Cabral,
único medio posible
de salvar la libertad.

SEBASTIAN. Vamos, este pobre diablo
siempre tuvo el don de errar.

NICOLÁS. ¿Si habran traido el periódico?
Voy á verlo. (*Le busca arriba y abajo.*)

SEBASTIAN. Satanás
que entienda á este hombre: él no sabe,
ni ha sabido, ni sabrá
lo que se pesca en política;
pero nunca puede estar
en los trastornos que ocurren,
lo que se llama neutral.

NICOLÁS. Pues señor, no lo han traido,
creo que no tardará.

ESCENA VI.

Dichos y DOÑA TIMOTEA.

TIMOTEA. ¡Hay qué diantre de muchacha!
Ya no se quiere peinar.

SEBASTIAN. ¡Cómo!

NICOLÁS. Pues que no se peine.

TIMOTEA. Dice que se vuelve atrás,
que no va á la vicaría,
que no se quiere casar.

SEBASTIAN. Esto solo me faltaba.

NICOLÁS. Es muger, no digo mas.

SEBASTIAN. Pensará que yo la quiero
por el dinero, y no hay tal.
Diga usted que no lo piense,
señora, por caridad,
que anhelo ser su marido
aunque vaya al hospital.

TIMOTEA. Voy á ver si la convenzo.

SEBASTIAN. ¿Juzga usted, don Nicolás,
que se ablande la muchacha?

NICOLÁS. Digo si se ablandará.
¡Lindo genio tengo yo!....

SEBASTIAN. Si no, me arrojo al Canal.

TIMOTEA. ¡Pero qué chica!

SEBASTIAN. ¿Qué dice?
TIMOTEA. ¡Que nones!
SEBASTIAN. ¡Fatalidad!
No sé lo que voy á hacer:
estoy dado á Barrabás.
NICOLÁS. Yo la haré tener palabra
¡vive Cristo! Voy allá.
(*Entra y á poco sale con Jesusa.*)
SEBASTIAN. ¡Adios, doña Timotea!
Adios, me voy á colgar
de una encina.
TIMOTEA. ¿Está usted loco?
Cepeda, venga usté acá.
(*Hace volver á Cepeda desde la puerta, y de paso recoge el periódico que estará en el suelo.*)

ESCENA VII.

Dichos y JESUSA.

NICOLÁS. Yo siempre he sido metódico, (*A Jesusa.*)
y eso al fin me compromete,
que no quiero ser juguete.....
TIMOTEA. Nicolás, toma el periódico.
(*Lo coge, se pone las gafas y se sienta á leer.*)
NICOLÁS. Vaya, me alegro.
SEBASTIAN. ¡Infelice!
Señorita, ¿désde cuando? (*A Jesusa.*
NICOLÁS. Rato há que estoy esperando.....
vamos á ver lo que dice.
TIMOTEA. ¡Nicolás!
NICOLÁS. Déjame leer.
SEBASTIAN. ¿La disgusto por ventura? (*A Jesusa.*)
JESUSA. No á fé.
TIMOTEA. ¡Maldita lectura!
NICOLÁS. A ver si callas, muger.
TIMOTEA. Deja el periódico al punto,
déjalo ya, Nicolás;
no quiero que leas mas
hasta zanjar este asunto.
NICOLÁS. Pues antes yo te respondo
que he de ver, aunque no quieras,
las noticias estrangeras

y el artículo de fondo.

TIMOTEA. Anda, y el diablo te lleve.

SEBASTIAN. No debe usted consolarme, (*A Jesusa.*)
que hace bien en rechazarme,
puesto que soy de la plebe.

JESUSA. No le guien sus enojos
á tal interpretacion,
que esa es recomendacion
mas bien que falta á mis ojos.

SEBASTIAN. Quizá ni usted misma sabe
cuál es la causa ó motivo
del golpe atroz que recibo.

JESUSA. Tengo una causa muy grave.

TIMOTEA. Dí mas bien que estás frenética,
y un pretesto necesitas.

NICOLÁS. ¡Bien! Ya echó los jesuitas
la federacion Helvética!!!
(*Entusiasmado con la lectura.*)

SEBASTIAN. ¿Y eso se puede creer? (*A Jesusa.*)

TIMOTEA. Es claro: alguna rareza.

JESUSA. Se lo diré con franqueza
si usted lo quiere saber.

SEBASTIAN. Esplíquese usted por fin.

JESUSA. Lo haré, ya que no hay recurso.

NICOLÁS. Lea usted ese discurso (*A Sebastian.*)
de monsieur de Lamartin.

SEBASTIAN. Hombre de Dios.

NICOLÁS. Me confundo.

TIMOTEA. Déjanos aqui de artículos.

NICOLÁS. Vaya unos entes ridículos
que envia Dios á este mundo.
(*Se sienta y continúa la lectura.*)

JESUSA. No se ha de decir de mí (*A Sebastian.*)
que obro con indiscrecion:
recuerde usted la ocasion
en que yo le he dado el sí.
Fue que mi madre lo quiso,
aturdida lo compuso
y al complacerla me puso
en un duro compromiso.
No es esto, que ya engolfada
me encuentro con otro amor,
y confieso sin rubor

que usted no me desagrada.

SEBASTIAN. ¡Ah, gracias!

JESUSA. Pero en pensar
que si esta boda se hiciere
sin saber si usted me quiere.....

SEBASTIAN. ¿Eso puede usted dudar?

JESUSA. Como hace usted un misterio,
he llegado yo á creer
que usted pudiera tener
un compromiso mas serio.

SEBASTIAN. Por mas que usted me desdeña,
la conciencia no me acusa.
Nadie mas que usted, Jesusa,
de mi corazon es dueña.

JESUSA. ¿Hará usted un juramento?

SEBASTIAN. Uno y mil.

JESUSA. Leo en su fondo,
y yo á su amor correspondo:
sin embargo, no consiento
en ir al altar.

SEBASTIAN. ¡Dios mio!

TIMOTEA. Parece que hablas de chanzas.

SEBASTIAN. (Me da algunas esperanzas
y despues me deja frio);
ya estoy yo de angustia lleno: (*Á doña Timotea.*)
interceda usted, señora,
ó llegó mi.....

NICOLÁS. ¡Última hora!
(*Leyendo con alegría.*)

TIMOTEA. Pero muger.

NICOLÁS. Esto es bueno.

JESUSA. Pues diré á usted francamente,
aunque con mucho dolor,
que yo he tenido otro amor;
pasatiempo solamente.....

TIMOTEA. Adios, arrojó las vendas.

JESUSA. Es un hombre singular,
que temo que ha de abusar,
pues conserva algunas prendas.
Y aunque jamás he manchado
mi honor en amante red,
no quiero que diga usted
mañana que fue engañado.

SEBASTIAN. Eso no me causa pena:
si no es mas que eso, señora,
contento estoy desde ahora:
déme usted la enhorabuena.
Tenga usted.
(*Saca la cartera y le da unos papeles.*)
TIMOTEA. Yo no acertaba.....
SEBASTIAN. Tenga usted sin dilacion,
que presumo que esas son
las prendas de que me hablaba.
JESUSA. ¡Oh de sobra me convenzo!
¿Cómo han venido á parar?....
SEBASTIAN. Yo se las pude sacar
al libertino Lorenzo.
JESUSA. Feliz soy.
TIMOTEA. Santa Beatriz,
yo tambien.
SEBASTIAN. ¡Buenos asomos!
Tambien yo.
TIMOTEA. ¡Todos los somos!
JESUSA. Pero no, no soy feliz.
SEBASTIAN. (Creo que me muero tísis
al ver esta carambola.)
TIMOTEA. Ya es demasiado.
NICOLÁS. ¡Hola! ¡Hola!
¡Se reproduce la crísis! (*Muy contento.*)
TIMOTEA. Mira que me tienes harta. (*Aparte á Jesusa.*
JESUSA. (Madre, ¿será regular
para engañarle ocultar
el misterio de la carta?)
TIMOTEA. (Sí, muger, que no es tan necio.....)
JESUSA. (Bien; mas despues, madre mia,
no será por culpa mia
si me condena al desprecio.)
En fin, á usted me confio (*Á Sebastian.*)
si á jurarme se conviene
que no ha tenido ni tiene
ningun otro amor que el mio.
SEBASTIAN. Lo juro con alegría.
JESUSA. Entonces.....
TIMOTEA. ¡Quién lo creyera!
SEBASTIAN. ¿Es hecho?
JESUSA. Cuando usted quiera

vamos á la vicaría,
si es que su ventura labro

SEBASTIAN. ¡Oremus, señor, oremus!

NICOLÁS. ¡Válgame san Nicudemus!

TIMOTEA. ¿Qué es eso?

NICOLÁS. ¡Qué descalabro!
(*Enseñando el periódico á todos.*)
¡Mirad, la ira me abrasa:
ya lo veis, que no está en gringo!

SEBASTIAN. ¿Qué dice?

NICOLÁS. ¡Para el domingo!

TIMOTEA. ¿Qué?

NICOLÁS. ¡Cepedita se casa!!!
(*Todos hacen estremos de dolor.*)

SEBASTIAN. ¡Con qué desventuras lidio!

JESUSA. Él es el que se denigra.

NICOLÁS. La paz del mundo peligra
si ese hombre no va á un presidio.

(*Vanse por la izquierda doña Timotea y Teresa.*)

ESCENA VIII.

SEBASTIAN *y* DON NICOLÁS.

SEBASTIAN. Ese no es hombre, es un lobo.

NICOLÁS. No, no es un lobo, es un buitre.

SEBASTIAN. No es un buitre, es una hiena.

NICOLÁS. No es una hiena, es un tigre.

SEBASTIAN. ¿Qué fin se propone ese hombre
por esos medios tan ruines?

NICOLÁS. Como Dios está en el cielo
se me ha alterado la bilis,
y no deseo otra cosa
que echar el guante á ese títere.

SEBASTIAN. ¡Qué escándalo! ¡Qué ignominia!
¡Y hay quien lea lo que escribe!.....

NICOLÁS. ¡Y estos son, qué maremagnum,
los que á la opinion dirigen!

SEBASTIAN. Asi está la sociedad;
y si hay hombres que delinquen,
¿cómo podrán enmendarse,
por mas que se les predique,
sabiéndose que predican

mas de cuatro galopines?
¡Hombres que hoy son liberales
y mañana son serviles;
que dicen lo que no piensan
y que despues se desdicen;
que hablan en moro ó cristiano
al compás de los monises:
hombres, en fin, de tal temple!
que en las políticas lides
suelen dejar de alquilarse.....
cuando no hay quien los alquile!
Mas..... ya veo que las damas
acabaron de vestirse:
vamos pues, don Nicolás,
antes que el fuego se enfrie.

ESCENA IX.

Dichos, DOÑA TIMOTEA, JESUSA *y despues* TERESA.

TIMOTEA. Vamos, hija.
NICOLÁS. Dala el brazo. (*A Sebastian.*)
SEBASTIAN. Mi ventura es infalible.
(*La coge del brazo: Teresa se presenta hecha una furia.*)
TERESA. ¡Pícaro! ¡Infiel! ¡Seductor!
JESUSA. ¡Dios mio! (*Suelta el brazo de Sebastian.*)
SEBASTIAN. Buena la hiciste,
Sebastian.
NICOLÁS. Otra te pego.
TIMOTEA. La Vírgen nos ilumine.
TERESA. ¡Qué! ¿Se quiere usted casar
con dos mugeres? ¡Caribe!!
SEBASTIAN. ¿Quién ha dicho?....
JESUSA. ¡Madre mia,
deje usted que me retire!
(*Vase por la izquierda.*)
TIMOTEA. ¡Pobrecita!
NICOLÁS. ¿Qué sucede?
(*Ambos se van detrás de Jesusa.*)

ESCENA X.

TERESA *y* DON SEBASTIAN.

TERESA. ¿Quién lo ha dicho? ¡Soy muy lince!
Ademas, ¿hay quien no sepa
que usted casarse decide,
cuando las paredes cantan
y hasta las piedras lo dicen?

SEBASTIAN. ¡Es cierto, hasta las paredes
conspiran para afligirme!

TERESA. Pero no: usted no se casa,
mi orgullo no lo permite.

SEBASTIAN. Por Dios, muger.

TERESA. No hay perdon.
¿qué ha de haber? ¡Es imposible!
¿No está usted comprometido
(*Enseñándole la obligacion.*)
á unirse conmigo?

SEBASTIAN. ¡Ay triste!

TERESA. Deme usted una respuesta.

SEBASTIAN. (Es preciso decidirme.)

TERESA. Responda usted.

SEBASTIAN. Está bien;
para que no escandalice
mas tiempo con esperanzas
tan locas y no porfíe.....

TERESA. ¿Qué?

SEBASTIAN. Sepa usted desde ahora,
que lo que ahi dije lo dije
para librarme de usted;
por lo demas, es horrible
que usted soñara en tal cosa,
porque es usted una esfinge;
y en fin, porque usted me carga,
y me rebienta, y me embiste.
¿Quiere usted mas?

TERESA. Ya me sobra.
(*Muy afligida*).

SEBASTIAN. Pues es que no quiero chismes.

TERESA. Puede usted estar tranquilo,
que no quiero perseguirle,

siempre que me pague usted
aquellos maravedises.

SEBASTIAN. Está bien, los pagaré.

TERESA. ¿Cuándo?

SEBASTIAN. ¡El corazon me oprime!
Váyase usted, que yo juro
que pagaré antes del quince.
(No la diré de qué mes,
á ver si puedo evadirme.)

TERESA. No valen los juramentos;
los de usted son agua chirle.
Pero hay un medio espedito:
será mejor que yo grite,
y que me pague la novia
con quien trata usted de unirse.

SEBASTIAN. ¡Por Dios, todo menos eso!
(El corazon me divide
con esos dardos.)

TERESA. Pues bueno:
yo hé de tomar un desquite.

SEBASTIAN. ¿Quiere usted que yo la mate?
¿Quiere usted que me fusilen?

TERESA. Quiero que me pague usted
de cualquier modo.

SEBASTIAN. (Me frie.)

TERESA. Solo tiene usté un recurso
de lograr.....

SEBASTIAN. ¿Cuál?

TERESA. Despedirse
de esa muger para siempre:
de lo contrario no fie
mucho en mí, que armo un escándalo
aunque la vida me quiten.

SEBASTIAN. (En fin, decidido estoy: (*Como desesperado.*)
¿quién tales pruebas resiste?
Me voy de Madrid, de España,
y es lo que el honor prescribe.)
(*Se pone á escribir.*)

TERESA. ¿Qué escribe usted?

SEBASTIAN. Me despido.....

TERESA. (¡Ah pájaro, ya caiste!)

SEBASTIAN. (Aqui por lo visto ya
no hay soldadura posible.

Ya estoy perdido, arruinado:
no habrá mas remedio que irme
á la Rusia, á la Noruega,
ó á Goatemala ó á Chile.)

TERESA. (Si una se hace de chiquitas,
en sus barbas se le rien:
no se han de reir de mí,
tolerarlo fuera un crímen.)

ESCENA XI.

Dichos y DON NICOLÁS, *que saca de la mano á* JESUSA; DOÑA TIMOTEA *y despues* LORENZO.

NICOLÁS. Ven, hija, ven al instante;
no te apures nunca, no.
Abandona ese tunante,
que si te falta un amante
otro te vendrá.

LORENZO. Aqui estoy yo. (*A la puerta.*)

NICOLÁS. ¿A qué vendrá este bolonio?

SEBASTIAN. ¡Esta vision me acobarda;
desechó ya el matrimonio,
llamo al Ángel de la Guarda
y se presenta el demonio!!!

NICOLÁS. Llegó de mi angustia el plazo:
¿qué quiere usted, tentacion?

LORENZO. Como les tengo aficion,
vengo á darlos un abrazo,
que me voy á Sacedon.
Permítame usted que acuda,
(*A don Nicolás con los brazos abiertos.*)
ya que es por última vez.

NICOLÁS. Seria una insensatez.....
¿Usted se larga, sin duda,
porque le persigue el juez?
(Ya mi anhelo conseguí,
Dios mis súplicas oyó.)

LORENZO. ¿Que el juez me persigue?.... No;
antes me largo de aqui
para perseguirle yo.)

NICOLÁS. ¡Cómo!

LORENZO. Turbando el placer

acaba de acometer
á su esposa un parasismo,
y saldrá ¡pobre muger!
para los baños hoy mismo.
Yo parto sin dilacion,
asiendo la proporcion
que me da la suerte pía,
para hacerla compañía
camino de Sacedon.
Por lo demas, diré ufano
que mi amor fue puro y sano;
pero puesto que Jesusa
mi mano, altiva, rehusa,
tambien renuncio á su mano.
Y no venganzas intento
si contra mí se revela,
que al romper su juramento
la condeno al sentimiento
de ignorar lo que es canela.
Y aunque he perdido este amor.....
cuenten en cualquier albur
con su humilde servidor.

NICOLÁS. Mil gracias por el favor:
con que..... buen viaje..... abur.

LORENZO. Por no dar á ustedes susto
con mi repentina ausencia,
les advierto, como es justo,
que no esten con impaciencia,
pues tendré muy pronto el gusto
de mostrar, don Nicolás,
que no le olvido jamás.

NICOLÁS. Yo estaré sin inquietud
rogando por su salud.....
con tal de no verle mas.

LORENZO. Al dejarles, mi afliccion,
por quien soy, no tiene tasa;
porque no es adulacion,
me llevo en el corazon
á todos los de esta casa.

NICOLÁS. Gracias, abur.

LORENZO. Sin dudar,
lo siento como lo digo,
pueden ustedes contar

que no les voy á olvidar.

NICOLÁS. Mil gracias, abur, amigo.

LORENZO. Sabe usted que siempre puede
mandarme y.....

NICOLÁS. (Qué estrafalario.)

LORENZO. Si soy aqui necesario
y exige usted que me quede.....

NICOLÁS. No señor, todo al contrario;
abur.

LORENZO. Tendré placer sumo,
aunque es ya cosa resuelta
el marchar; pero presumo
que pronto daré la vuelta:
abur, abur. (*Vase.*)

NICOLÁS. La del humo.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, menos LORENZO.

NICOLÁS. No he visto un hombre mas zote.

SEBASTIAN. Me saca de mis casillas.

NICOLÁS. Si encuentro á mano un garrote
le rompo cuatro costillas:

(*Acércase á Sebastian y le quita el papel en que estaba escribiendo.*)

¿qué escribe usted, monigote?

TERESA. Tal vez está componiendo
otro enlace que no es lícito.

SEBASTIAN. ¡Qué penas estoy sufriendo!

NICOLÁS. Mirad lo que iba escribiendo,
no puede ser mas esplícito. (*Lee.*)
«Perdonad ¡oh Jesusa! á un desgraciado
que á nadie ama en el mundo mas que á vos,
si un secreto fatal no ha revelado.
Adios, Jesusa, para siempre, adios.»
¿Cuál es el secreto, impío? (*A Sebastian.*)
¿Estás casado?.... ¡Qué infamia!
Ibas á hacer un buen lío;
pero en España, hijo mio,
no pega la poligamia.

SEBASTIAN. ¡Ah! no soy yo tan menguado.

JESUSA. Tal perfidia no creí.

NICOLÁS. Pues confiesa tu pecado.
TERESA. Su pecado es que me ha dado
palabra de esposo á mí.
TIMOTEA. ¿Con que eso tenia oculto?
JESUSA. Se acabaron mis placeres.
TIMOTEA. ¡Hija..... Nicolás!
NICOLÁS. ¿Qué quieres?
TIMOTEA. Esto no merece indulto.
¡Ay qué hombres! (*Mirando á don Nicolás.*)
NICOLÁS. ¡Y qué mugeres! (*A su esposa.*)
SEBASTIAN. Pues ya que tan deslenguada
se atreve á hablar de ese modo,
juro que de eso no hay nada;
y quiero decirlo todo
sin repulgos de empanada.
Esa muger que de envidia
comete una accion tan ruin,
sabe de mi boca, al fin,
que me carga, me fastidia,
me causa miedo y esplin.
Pero todo lo atropella
y me busca estos apuros,
y quiere ¡fatal estrella!
que yo me case con ella
porque la debo mil duros.
JESUSA. ¿Qué escucho?
(*Entra por la izquierda y á poco rato sale con una carta en la mano.*)
TERESA. Este hombre me abisma.
NICOLÁS. En verdad que me confundo.
JESUSA. Lo arreglaré por mí misma.
SEBASTIAN. Ya estoy harto de este mundo,
voy á romperme la crisma.
TERESA. ¡Pues se ha de armar una guerra!....
JESUSA. Don Sebastian.....
SEBASTIAN. ¡Trance fuerte!
Señora.....
TIMOTEA. El paso me aterra.
JESUSA. En este papel se encierra
mi porvenir y su suerte.
Cuanto he gozado hasta el dia
lo legitima este pliego;
yo puedo hacer todavía,

su fortuna si lo entrego
y si lè rompo la mia;
pero le debo entregar,
puesto que asi restituyo..... *(Se le entrega.)*

NICOLÁS. Vamos, la voy á matar.

TIMOTEA. ¿Qué haces, hija mia?

JESUSA. Dar
á cada cual lo que es suyo.
Ese secreto esconder
no puedo que me importuna;
cumpla usted con su muger
y disfrute esa fortuna.

TERESA. ¡Qué dichosa voy á ser!

SEBASTIAN. ¡Dios mio! ¿qué es lo que veo? (*Leyendo.*)

TIMOTEA. Te quedas en la indigencia.

JESUSA. Me queda mejor herencia
en la paz que yo deseo,
que es la paz de mi conciencia.

SEBASTIAN. ¡Todo lo comprendo, sí!
Fue la suerte transitoria,
y hallo mi ventura aqui.

TIMOTEA. ¡Se irá sin llevar de tí
tan siquiera una memoria!

NICOLÁS. ¡Lo dije! ¡Soy hombre ducho!

TIMOTEA. Te perdió tu tontería.

SEBASTIAN. Al contrario, amiga mia;
su causa ha ganado mucho.

TERESA. Buena simplota seria.

SEBASTIAN. Jesusa, el papel lo reza,
que ha descubierto estos líos;
ya no tiene mas riqueza
que su honor y su belleza,
porque sus bienes son mios.
Pues bien: ya que amor sin tasa
en nuestros pechos ¡oh Dios!
los corazones abrasa,
nos casaremos los dos,
y todo se queda en casa.

NICOLÁS. ¡De tal virtud me persigno!

SEBASTIAN. ¿No merezco compasion?

JESUSA. Conozco ya su pasion,
y me parece usted digno
de este noble corazon.

TERESA. ¡Juro que no será tal!
SEBASTIAN. En jurarlo hace usted mal.
TERESA. Aun conservo este papel.
NICOLÁS. ¿A ver, á ver qué hay en él?
SEBASTIAN. Es todo condicional.
NICOLÁS. *(Lee.)* «Yo pagaré, no desmayo,
aunque estoy en un aprieto;
y en tal punto me sujeto,
que si no la pago en mayo,
casarme en junio prometo.»
(A Teresa.) ¿Y no hay mas? ¡Pobre muger!
Por novio puede escoger
la estatua del rey Teodosio,
que este papel viene á ser
la carabina de Ambrosio.
TERESA. Pues que me pague.
SEBASTIAN. Al momento;
mas si he de mandar aqui,
váyase al recibimiento
y espere si gusta alli
mientras el dinero cuento.
TERESA. ¡Santo Dios! ¡Qué humillacion!
(Se retira llorando.)
SEBASTIAN. Toma, si tu gusto halaga,
en prenda de mi pasion.
(Da un anillo á Jesusa.)
JESUSA. Yo tambien..... *(Da otro anillo á Sebastian.)*
NICOLÁS. Tienes razon,
que amor con amor se paga.
Digo, y que no tiene brillo;
será de lujo, es muy obvio.
JESUSA. No señor, es muy sencillo.
NICOLÁS. ¡Ay!! *(Cogiéndolo.)*
TIMOTEA. ¿Qué es eso?
NICOLÁS. ¡Es el anillo
que yo te dí siendo novio!
JESUSA. El señor don Evaristo,
que desde niña, galan,
me educó con tanto afan,
y era el padre por lo visto
del señor don Sebastian;
como prenda de mi madre
me lo entregó.

NICOLÁS. ¡Me traspasa!
TIMOTEA. ¡Mi placer no tiene tasa!
NICOLÁS. *(A Jesusa.)* ¡Ya veo que soy tu padre!
(La abraza.)
SEBASTIAN. Y todo se queda en casa.
TIMOTEA. Se acabaron mis dolores.
NICOLÁS. Pues ya no hay mas que partir.
SEBASTIAN. Antes quisiera pedir
en obsequio á mis amores
un favor á estos señores, (*Al público.*)
cuya virtud no es escasa,
y es, que al ver lo que me pasa,
si feliz he de ser luego,
no digan, yo se lo ruego,
que Cepedita se casa.

FIN DE LA COMEDIA.